

BIANCA™

H HARLEQUIN™



JULIEANNE HOWELLS
RIVALES
EN EL ALTAR

No sería solo una noche con su enemigo... ¡sino toda la vida!

Se suponía que la reina Agnesse no podía casarse con el príncipe Sebastien, que tenía fama de mujeriego. No obstante, se había visto obligada a asistir a una cena benéfica con él y allí había estallado la explosiva química que había entre ambos.

Seb se había prometido que no se casaría jamás por lo infeliz que había sido en el pasado, pero sí estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por proteger a Agnesse. Ambos se habían enfrentado a desengaños por separado, pero en esos momentos el amor que empezaba a nacer entre ellos podía ayudarlos a afrontar su mayor desafío juntos... si de verdad se permitían creer en el amor.

Capítulo 1

NO, no y no!

Su Majestad, la reina Agnesse de Ellamaa no estaba contenta.

No solo se le habían desbaratado sus planes en el último momento, sino, lo que era peor, mucho peor, su secretario le acababa de anunciar que habían sustituido al coanfitrión de la gala del día siguiente. El príncipe heredero de Grimetz no podía asistir al evento e iba a mandar a su primo en su lugar: el príncipe Sebastien. Este era conocido por ser el mayor playboy de la realeza, y, además, Agnesse había tenido un breve y desafortunado incidente con él.

—Al menos es guapo —comentó Keert.

Era cierto que tenía unos ojos verdes increíbles y una boca que invitaba al pecado, pero Agnesse no se iba a dejar engañar por su belleza.

—No quiero que ese donjuán se me acerque. ¿O es que ya se te ha olvidado de que le rompió el corazón a mi hermana?

—De eso han pasado cinco años, señora. ¿Y no fue solo un enamoramiento de juventud? La princesa Isobel solo tenía dieciséis años.

—Exacto. Era una niña.

Su secretario lo volvió a intentar.

—Solo tendrá que cenar a su lado y mantener una conversación educada.

—¿Mantener una conversación con ese... réprobo? —inquirió ella en tono demasiado alto.

De haber estado presente su madre, la habría reprendido al instante con una mirada fulminante.

—¿No le parece que está siendo un poco dura, señora?

—¿Dura? Ese hombre tiene la moral de un gato callejero —le respondió Agnesse, yendo y viniendo por la habitación.

Cualquier mujer se pondría nerviosa con tan solo oír hablar del príncipe Sebastien.

—Y le rompió el corazón a Isobel.

—Sí, señora, ya lo ha mencionado.

—Mi inocente hermana.

Keert arqueó las cejas.

Tal vez aquello sí que fuese una exageración. Su hermana mediana siempre había sido un poco salvaje, la maldición de sus padres y en esos momentos, con veintiún años, se había convertido en una devoradora de hombres, pero tal vez eso fuese la consecuencia de lo ocurrido con Sebastien von Frohburg.

—Tal vez el príncipe haya cambiado en todo este tiempo.

Agnesse se detuvo junto a su escritorio y cambió de posición su bolígrafo y su diario, dejándolos perfectamente alineados.

—Cinco años no son nada para un hombre como él —murmuró.

Tampoco era tiempo suficiente para que Sebastien le hubiese perdonado por lo que ella le había hecho. Agnesse no se enorgullecía de ello, de hecho, sentía vergüenza, pero el príncipe había despertado en ella un lado impulsivo que ni siquiera había sabido que tenía.

A Agnesse no le apetecía nada volver a verlo. De repente, se le ocurrió una alternativa.

—¿No podría ir Carl?

Su hermano, que tenía diecinueve años, ya la había acompañado durante el periodo oficial de luto por el fallecimiento de su padre.

—Es un evento conjunto de Ellamaa y Grimentz, señora. Tiene que haber un representante del principado y lo más natural es que sea el príncipe Sebastien.

Ella sabía que Keert tenía razón, ya que el evento iría en beneficio de una organización benéfica que había sido creada por su padre y por el príncipe heredero de Grimentz, Leo.

A pesar de que había habido veinte años de diferencia entre ambos y de que sus países estaban a cientos de kilómetros el uno del otro, los dos hombres se habían hecho amigos tras conocerse en una cumbre europea.

Habían descubierto que a ambos les interesaba apoyar a los jóvenes en la búsqueda de empleo y habían decidido montar una organización benéfica que, durante los últimos años, había ayudado a miles de jóvenes desfavorecidos en toda Europa.

Agnesse dudaba que el príncipe Sebastien fuese tan altruista. Solo pensaba en su propio placer. De vez en cuando hacía alguna aparición pública junto a su primo, o lo reemplazaba en ciertas ocasiones, pero ¿a qué más se dedicaba? No era posible que la ausencia de Leo la obligase a tener que volver a hablar con él.

—¿Ha comentado el príncipe heredero por qué no puede asistir él?

—Se trata de un tema familiar, tengo entendido. Debe de ser bastante serio porque si no jamás habría causado baja con tan poca antelación.

—Tal vez esté lidiando con las repercusiones de otro escándalo de su primo —le respondió ella, suspirando con exasperación—. ¿Estás seguro de que no podemos proponer a Carl?

—Lo siento, señora, pero ya sabe lo que diría la prensa, que va acompañada de su hermano porque ningún otro hombre quiere acercarse a La Reina de Hielo.

A Agnesse eso no le importaba. Había aceptado el sobrenombre y había mantenido un comportamiento lo más altivo e inaccesible posible. Así había conseguido que solo los pretendientes más determinados intentasen acercarse a ella, para disgusto de su madre. ¿Cómo iba a casarse su hija y tener un heredero si no permitía que se le acercase ningún hombre?

Agnesse quería tener hijos, por supuesto, pero no se trataba de encontrar un marido solo para ella, tenía que escoger a un rey para su país. Debía encontrar a un hombre que pudiese ocupar aquel lugar y que aceptase que ella se debía a su pueblo, no a complacerlo a él.

En el fondo anhelaba vivir lo que habían tenido sus padres, que se habían casado por amor.

Pero no podía dejarse llevar por el corazón. Era la primera mujer que llegaba al trono de Ellamaa. La ley de sucesiones se había cambiado para que el hijo primogénito del rey ascendiese al trono, independientemente de su sexo. Pero todo el mundo tenía la mirada puesta en ella y había muchas personas que deseaban que fracasase. Para empezar, el primer ministro, que había votado en contra de modificar la ley sucesoria. Tras el

fallecimiento de su padre, este le había dicho a Agnesse que no se preocupase de nada y que le dejase todo el trabajo a él y a su gobierno.

Pero su querido padre no la había educado así. Su padre había creído en ella y en su capacidad para reinar y Agnesse tenía que estar a la altura.

Su padre también había estado seguro de que encontraría una pareja dispuesta a ser su consorte, una pareja que la amaría tal y como era y no por lo que era. Alguien a quien ella también amaría. Agnesse no estaba tan segura. ¿Cómo iba a ser posible, si los hombres a los que conocía no conseguían despertar ningún sentimiento en ella?

Se había creído enamorada en una ocasión. Incluso había respondido casi sin aliento que sí a la propuesta de matrimonio de Eerik. Este había tenido por aquel entonces veintidós años, era el heredero de una dinastía bancaria, encantador y atento, y Agnesse había pensado que era el hombre de su vida, pero se había equivocado. Ella había tenido diecinueve años y, a pesar de que en esos momentos solo tenía veinticinco, tenía la sensación de que había pasado una eternidad.

Incluso se había entregado a él, pero la situación le había resultado incómoda y sorprendentemente dolorosa. Eerik le había dicho que solo tenía que relajarse y que sería mejor la siguiente vez, pero antes de que hubiese una siguiente vez, él había descubierto la realidad de lo que sería convertirse en su marido. Que tendría que caminar siempre un paso detrás de ella, estar a su sombra y que, a pesar de adquirir el título honorario de príncipe, jamás sería rey ni tendría poder.

Así que la había dejado. Había argumentado que lo hacía porque ella era un caso límite de trastorno obsesivo compulsivo y frígida, y que no le merecía la pena. Después, había repetido aquellas mismas palabras en una entrevista en televisión, en la que había declarado que la ruptura había sido culpa de ella y que, a pesar de las apariencias, había descubierto que era una mujer que solo tenía belleza exterior, que su carácter era difícil y frío. Nadie había rebatido aquellas declaraciones. La política de palacio era guardar silencio en todo lo relacionado con asuntos personales.

Sin embargo, Agnesse se había quedado devastada. Eerik la había rechazado y lo peor no había sido que la acusase de tener un trastorno obsesivo compulsivo. Ella sabía que no era cierto. Era exigente y le gustaba el orden, pero con todo el trabajo que tenía no había manera de funcionar de otro modo.

Pero había dicho que era frígida. ¿Sería cierto? Si lo era, Agnesse se temía no ser capaz de encontrar nunca el amor.

Su querido padre había intentado aconsejarla y consolarla, abrazándola y tachando a su exnovio de oportunista. Le había dicho que habían tenido mucha suerte de que Eerik se mostrase tal y como era antes de que hubiesen anunciado un compromiso oficial. Ella todavía era joven y cuando llegase el momento encontraría a un hombre bueno con el que compartir su vida, le había asegurado.

No obstante, Agnesse no había conseguido superar aquel dolor, ni el miedo a que volviesen a hacerle daño, a que volviesen a humillarla. Desde entonces, había rechazado a todos los hombres que se habían acercado a ella y lo había hecho sin mucho esfuerzo, ya que no se había sentido atraída por ninguno.

De todos modos, ella no era Isobel. Tal vez los hombres no la fascinasen nunca como a su hermana.

Entonces recordó que antes de Eerik había habido alguien, el príncipe... Pero eso había sido solo una tarde y al final de la misma él había truncado sus sueños incluso antes de empezar.

Había sido el último día de clase y ella, como delegada de su clase, había tenido que dar un discurso. Había esperado con nerviosismo junto al escenario. El príncipe Georg von Frohburg presentaba los premios y había ido acompañado de su hijo. El príncipe Sebastien había estado sentado en primera fila. Tal vez este se había dado cuenta del nerviosismo de Agnesse, porque le había guiñado el ojo y eso, en cierto modo, la había tranquilizado. Cuando ella había terminado de hablar, él la había aplaudido levantando mucho las manos, como si pensase que lo había hecho bien.

En la recepción posterior, Agnesse no había podido dejar de buscarlo con la mirada. En un momento dado, él la había mirado también y su expresión se había suavizado, había sonreído. Le había sonreído solo a ella, que, instintivamente, le había devuelto la sonrisa. Había sido un momento de intimidad en aquel salón abarrotado de gente y a Agnesse se le había acelerado el corazón. Entonces, otro invitado había atraído la atención de Sebastien y se había roto aquel momento.

Sin embargo, más tarde, ella había oído hablar a Sebastien con su padre sin que estos se diesen cuenta.

—Estás equivocado —había dicho él—. No me interesa esa chica. Tal vez tenga un rostro bonito, pero tal y como ha demostrado con su discurso, no está a mi nivel desde un punto de vista intelectual. Pobre de Ellamaa cuando llegue a reina.

Y ella se había dado cuenta de que las sonrisas y las miradas íntimas habían sido una cruel mentira y no un momento de conexión.

Su secretario se aclaró la garganta, haciendo que volviese al presente.

—Señora, ¿por qué no lo mira desde otro punto de vista? —le sugirió—. Piense en la imagen que dará al ir acompañada por el soltero más codiciado de Europa, como si este fuese detrás de usted.

—¿Y por qué iba a querer dar esa imagen? —le preguntó ella.

Keert había sido fiel a su padre durante veinte años y llevaba nueve meses sirviéndola a ella también, así que valoraba sus consejos, pero aquella sugerencia le pareció ridícula.

—Sería una dulce venganza ser una de las pocas mujeres que lo ha rechazado —le respondió él sonriendo de manera enigmática.

Agnesse lo miró fijamente. El gesto de su secretario era sereno, no supo si estaba utilizando sus habilidades para que accediese a algo que, de todos modos, era inevitable, o si en realidad tenía razón.

La idea de vengarse del príncipe le resultó... gratificante. Solo tendría que comportarse con cierta educación y desdén, y la prensa haría el resto.

La Reina de Hielo rechaza al irresistible galán. Les encantaría la historia.

A ella le gustó la idea. Lo haría por Isobel y por lo que le había hecho a ella tanto tiempo atrás. Aunque era probable que Sebastien no se acordase de lo segundo.

Ella no lo había podido olvidar.

Dado que los beneficios de la gala iban dedicados a jóvenes, su padre le había pedido que acudiese durante los últimos cuatro años. En esa ocasión tendría lugar en Viena y sería su primer acto oficial fuera de Ellamaa desde que se había convertido en reina.

El pecho se le encogió al recordar que el año anterior todavía había estado su padre. Este había sufrido un infarto y había caído fulminado en su propia habitación.

Su querido padre, que la había preparado durante toda la vida para ocupar aquel puesto a pesar de pensar que todavía tenían veinte años por delante.

De todas las personas que habrían podido acompañarla a su primer evento sin él, Sebastien von Frohburg era de los últimos de su lista. Ni siquiera habría estado en su lista. No podía soportarlo.

Era demasiado guapo, rico y con títulos, el príncipe que podía estar con cualquier mujer. El único problema era que no le duraban mucho, enseguida les rompía el corazón.

Protagonizaba un escándalo tras otro y Agnesse supuso que era una suerte que Isobel hubiese sido demasiado joven para él en el pasado y que, en esos momentos, que ya no lo era, ya no le gustasen los aristócratas y prefiriese salir con deportistas y estrellas del rock. Su hermana protagonizaba sus propios escándalos, para disgusto de su madre.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —comentó Keert, frunciendo el ceño al ver el mensaje que le acababa de llegar—. La condesa de Onzain acaba de aparecer de repente en la lista de invitados.

Estupendo. También iban a contar con la presencia de la mujer más coqueta del continente. Las cosas no podían ir peor.

—Y... sus dos hijas —añadió Keert mirando a la reina.

—¿Qué? —inquirió ella, olvidándose de sus modales por un instante—. ¿Las tres? Y el príncipe. ¿Todos en la misma habitación?

Keert puso gesto comprensivo mientras Agnesse se dejaba caer en un sillón.

Qué suerte que la condesa hubiese escogido precisamente aquel año para ir por primera vez a la gala benéfica. Iba a todas partes acompañada de sus dos hijas y se rumoreaba que el príncipe se había llevado a la cama a las tres, satisfaciéndolas a todas en espacio de un solo fin de semana.

—¿Voy a tener que hacer de árbitro de una pelea de gatos?

—Seguro que no. Tengo entendido que la relación entre la condesa y el príncipe es amistosa.

—Me alegro, aunque... supongo que es demasiado tarde para enviar a mi madre en mi lugar.

El silencio de Keert fue respuesta suficiente.

Agnesse se dijo que no tenía de qué preocuparse. Seguro que el príncipe solo estaba pendiente de ligar en la gala, ya que a ella acudirían representantes de toda la alta sociedad europea. Así que respiró hondo.

No, estuviese donde estuviese el príncipe en esos momentos, seguro que no estaría pensando en ella. Y la gala representaría para él la posibilidad de una exitosa noche de seducción.

—¿Voy a tener que pasar la velada con Agnesse Toivonen? ¿Esa arpía? ¡Ni pensarlo!

La airada respuesta retumbó en el despacho del príncipe heredero de Grimentz. Aquella reacción era tan poco habitual en el príncipe Sebastien von Frohburg que el resto de presentes se quedaron de piedra.

—Venga, no es tan mala —le dijo su primo Leo, que era quien le había pedido el favor—. A excepción de ese desafortunado incidente... es todo un modelo de prudencia.

Seb no estaba de acuerdo.

—¿No recuerdas sus insultos? Me llamó piojo y me dijo que no le llegaba a la suela del zapato.

Seb se interrumpió y respiró hondo. Aquellos comentarios le habían dolido. Por muchos motivos.

—Eso lo dijeron los medios de comunicación. No podemos estar seguros de que fuesen sus palabras exactas —argumentó Leo.

—No, pero todos sabemos que me dio un puñetazo con el anillo real puesto. Me ha dejado marcado de por vida y tú quieres que socialice con ella. No me puedo creer que me lo hayas pedido.

—Violetta está embarazada.

Al oír aquello, Sebastien dejó de pelear.

Violetta era la esposa de Leo desde hacía dos años y todo el mundo la adoraba, incluido Seb. Habría sido capaz de cualquier cosa por ella.

Además, la pobre Violetta había sufrido dos abortos en los dos últimos años y lo único que deseaba era darle un heredero a su marido. De no ser así, Max, el hermanastro de Seb, heredaría el trono. Y, si esto ocurriese, él sería el segundo en la línea sucesora, y eso era lo último que todo el mundo quería. Sobre todo, él.

—El pueblo no te quiere —le había advertido su padre—. Nunca te querrá. Además, no te necesita. Tienen a Leo y a Max. Tú no tienes nada que ofrecer.

Había muchas maneras de maltrato. Una de ellas era un padre diciéndole a su único hijo que no valía nada. Toda su familia lo había

rechazado, salvo Leo. ¿Por qué iba a pensar el pueblo de un modo diferente?

Seb apartó aquellos pensamientos de su mente.

—¿De cuánto crees que está? —le preguntó a su primo.

—Pienso que de tres meses, pero todavía no me lo ha contado. Me parece que quiere hacerlo hoy.

Esa noche era el aniversario del primer intento de boda de Leo y Violetta, en el que ella había salido huyendo con el vestido de novia puesto. Por aquel entonces habían sido dos extraños obligados a casarse por sus familias y que después, irónicamente, se habían enamorado.

—Le ha dado la noche libre al servicio y va a cocinar ella —le contó Leo—. Va a preparar su especialidad: espaguetis al pomodoro.

—¿Y me estás pidiendo que me humille ante el mundo solo porque tu esposa va a cocinar?

—Solo cocina cuando tiene algo importante que contarme.

—La prensa va a volver a hablar del incidente —le dijo Seb, pasándose una mano por la mandíbula.

Leo hizo una mueca.

—Sé lo que te estoy pidiendo. Sé que va a ser duro y no te lo pediría en otras circunstancias, pero si Violetta me lo cuenta esta noche, no quiero dejarla sola mañana. Ya sabes cómo va a estar.

Sí, Seb sabía que, aunque aparentemente estuviese bien, en realidad estaría nerviosa. Y su primo tendría que ser fuerte por los dos. Seb sabía lo complicado que podía llegar a ser un embarazo, su propia madre había fallecido en el parto. Ese era uno de los motivos por los que no quería casarse. No se sentía capaz de vivir con el miedo y la culpa en caso de que algo fuese mal. Y podía ir mal.

Así que no podía negarse a hacerle aquel favor a Leo. Jamás decepcionaría a su primo, que había sido como un hermano para él cuando el resto de su familia lo había rechazado. Y todo porque su padre había cometido la temeridad de divorciarse de su primera esposa, cuyo linaje había sido impecable, para casarse con su secretaria, que le había dado un hijo. Seb podía ser príncipe, pero para los von Frohburg siempre sería el hijo de una trabajadora y jamás lo aceptarían. Desde que Leo se había casado, él había empezado a tener más relación con Max, pero solo porque había hecho mucho esfuerzo.

Se lo debía todo a Leo y tenía que estar a la altura. Podía pasar una noche con su némesis: la reina Agnesse de Ellamaa.

Un nombre tan rimbombante para una mujer que no valía nada. Bueno, era bella, extraordinariamente bella. Era de complexión delgada, tenía los ojos azules y el pelo brillante y dorado. Cualquier hombre podía perder el sueño por ella y muchos lo habían hecho. Para empezar, su exprometido, que había aparecido con lágrimas en los ojos delante de la prensa para anunciar el fin de su compromiso. Al parecer, habían tenido diferencias irreconciliables.

Desde palacio se había mantenido un mutismo absoluto acerca del tema, pero eso no había evitado que la prensa especulase con La Reina de Hielo, en especial, después de que Eerik diese una entrevista a una importante cadena de televisión, en la que había sugerido que era una mujer difícil de complacer. Fuese cual fuese la verdad, Seb consideraba que la entrevista no había sido precisamente un acto de caballerosidad.

Sin embargo, su comprensión había disminuido cuando, dos meses después, ella le había dado un puñetazo.

Tal vez Eerik hubiese huido al descubrir los comportamientos agresivos de la princesa. Aunque, que se supiese, Seb era el único con el que se había comportado así. Después de aquello, había vuelto a ser un ejemplo de serenidad. El rey de Ellamaa había sido un monarca ejemplar y muy querido y, a pesar de que se trataba de una monarquía constitucional, el país había prosperado mucho con él en el trono. Su hija tenía un papel complicado.

Y era toda una belleza.

Seb, al que le resultaba sencillo atraer a mujeres muy bellas, no quería saber nada de la reina de Ellamaa.

Ni siquiera aunque, en una ocasión, una tarde soleada, la hubiese visto brillar bajo el sol y se hubiese sentido como si acabase de ver a un ángel.

Un ángel que, aunque él también fuese príncipe, estaba fuera de su alcance. Porque, a pesar de su título, solo era el segundo hijo de un segundo hijo, mientras que Agnesse descendía de la realeza por ambas partes y era la primera en la línea sucesoria al trono de un reino muy antiguo.

Estaba por encima de él en todos los aspectos.

Seb se metió las manos en los bolsillos y frunció el ceño mientras miraba por la ventana. Era una suerte que la reina le hubiese demostrado que no era ningún ángel.

—¿Te has preguntado si el problema no será en realidad que te gusta como mujer? —le preguntó Leo, rompiendo el silencio.

—¿Gustarme? —inquirió él—. ¿Estás loco? Tal vez tú estés felizmente casado, pero eso es porque Violetta es un amor. Que yo recuerde, nunca te ha dicho que eres inferior a ella y después te ha dado un puñetazo en la mandíbula.

Leo lo miró de manera cariñosa y compasiva, pero Sebastien no necesitaba eso en aquellos momentos. Asistiría al evento porque se lo debía a su primo. Sería educado, encantador, pero mantendría las distancias e interactuaría lo menos posible con la reina.

Y esperaba que ella hiciese lo mismo. Si así era, podrían pasar la velada sin dramas ni repercusiones.

Capítulo 2

UNA fuerte tormenta había caído sobre Viena esa tarde, pero a esas horas el cielo estaba limpio de nubes y se estaba poniendo el sol en el horizonte, bañando con sus rayos dorados la fachada del hotel. El edificio era un antiguo palacio y en lo alto ondeaba la bandera austriaca, flanqueada por sendas banderas de Ellamaa y Grimentz. El hotel lucía sus mejores galas en honor a los ilustres visitantes de aquella noche,

Dado que era la más alta representante de la realeza, Agnesse fue la última en llegar, lo que significaba que, cuando se bajó del coche el príncipe Sebastien estaba esperándola en lo alto de las escaleras de entrada al hotel. Ella se vio obligada a sufrir su escrutinio mientras avanzaba por la alfombra roja rodeada de los flashes de las cámaras y de los gritos de las personas que habían acudido a ver la llegada de los invitados al evento y se tomó su tiempo mientras saludaba al balbuceante gerente del hotel. Eso le sirvió también para prepararse antes de volver a mirar al príncipe a la cara.

Su padre la había enseñado a comportarse en esas circunstancias desde muy temprana edad.

—Sonríe y sé cordial —le había dicho—. En tu mano está hacer que los demás se sientan cómodos.

Había sido un maestro atento y meticuloso, y ella, una alumna aplicada. Nadie habría imaginado lo nerviosa que estaba en realidad al verla subir aquellas escaleras bajo la atenta mirada del príncipe Sebastien. Para todos los que la observaban parecería serena y solemne, aunque en realidad el hecho de que aquellos ojos verdes la estuviesen mirando la ponía muy nerviosa

Si bien era cierto que se preparaba con esmero para cualquier acontecimiento, en aquella ocasión había prestado especial atención a su aspecto. El vestido, color rosa empolvado, tenía un corpiño de encaje que le cubría el escote y mangas francesas, y la falda estaba hecha de varias capas de gasa que le llegaba hasta los pies. Había decidido ponerse pocas

joyas, solo unos pendientes de perlas y diamantes, el último regalo que le había hecho su padre, y la medalla de oro que llevaba en recuerdo a él prendida en el hombro con un crespón. Resistió el impulso de llevarse la mano a él para buscar consuelo.

Podía hacer aquello.

Tendría que saludar a los invitados y, después, dar el discurso que había escrito varios días antes y practicado hasta la perfección. Después, la cena. No iba a ser tan duro.

Al llegar a lo alto de las escaleras, agradeció que su doncella hubiese insistido en hacerle un peinado más elaborado de lo que ella le había pedido en un principio.

—Sé que todavía estamos de luto, pero así está sobria y sexy al mismo tiempo —le había dicho Dorel—. El príncipe se va a quedar sin habla al verla.

«Eso espero», pensó Agnesse mientras aparecía ante sus ojos un par de brillantes zapatos negros. Levantó la mirada despacio por las largas piernas, las caderas delgadas, la cintura, subió por la chaqueta del esmoquin que cubría sus anchos hombros, por la camisa blanca hasta llegar al cuello moreno. Ningún hombre tenía derecho a ser tan guapo así vestido. Agnesse prefirió no detenerse en lo siguiente que se le pasó por la cabeza... cómo estaría sin la ropa.

Entonces se vio obligada a mirarlo a la cara.

Él estaba sonriendo. Tenía unos labios generosos, sensuales, y a ella le dieron ganas de sacar la lengua para humedecerse los suyos, que se le habían quedado secos de repente. Su pelo moreno brillaba bajo las luces, lo llevaba corto en los lados y algo más largo en la parte de arriba, peinado hacia un lado. Agnesse intentó no fijarse en la pequeña cicatriz que tenía en la perfecta mandíbula. Aunque algo tan trivial no podía estropear a un hombre tan atractivo. Como mucho, le daba un toque peligroso. Vestido de esmoquin era el chico malo perfecto y a ella le costó apartar la mirada. A juzgar por la intensidad de la de él, también le estaba gustando lo que veía y, a pesar de sus buenos propósitos, Agnesse no pudo evitar ruborizarse y sentir que le faltaba el aliento mientras le tendía una mano.

—Buenas noches, Majestad —la saludó él en su idioma, con un leve acento francés.

Agnesse se lo podía haber imaginado. Entre sus múltiples talentos, el príncipe de Grimentz había sido educado para dominar varias lenguas.

Tomó su mano y se inclinó ligeramente ante ella. Sus modales eran impecables, era un hombre encantador y, a pesar de que Agnesse lo conocía bien, le pareció muy galante. Sintió que se estremecía de placer muy a su pesar.

Le respondió en voz baja y ambos posaron para las fotografías.

Ella no pudo evitar recordar las últimas que les habían hecho juntos, bueno, no exactamente juntos, sino ella alejándose y él con la mano en la mejilla y con gesto sorprendido. Sintió que se moría de vergüenza al pensar en aquello.

Si él lo estaba haciendo también, no se le notaba.

—Está muy bella esta noche, señora —le dijo, ofreciéndole el brazo.

Agnesse apoyó los dedos en su manga y fingió que no sentía nada por él, que no se estremecía cada vez que se tocaban y que no había respirado hondo para aspirar su olor.

Era más alto, fuerte e intimidante de lo que ella había recordado y no pudo evitar sentir aquello. No se le había olvidado lo que le había hecho a Isobel, ni lo había perdonado. Todavía recordaba sus duros comentarios. No, no podía ser cordial con aquel hombre.

Ella sonrió educadamente mientras murmuraba.

—Le agradecería que evitase sus comentarios vacíos. Un hombre con su reputación debe de estar tan acostumbrado a hacerlos que ya no significan nada. No me los creo.

Notó que él se ponía tenso, pero lo vio sonreír también.

—Ah, un hombre con mi reputación conoce bien a las mujeres —le respondió—. Y aprecia la belleza verdadera cuando la ve. Así que, tal vez, debería creerme.

A pesar de que Agnesse llevaba mucho tacón, él era tan alto que tuvo que levantar el rostro para mirarlo a la cara y eso la hizo ser consciente de su propia feminidad.

Él, por supuesto, volvía a sonreír. Era la fantasía de cualquier mujer, si se pasaba por alto su promiscuidad, por supuesto. Agnesse se preguntó cuántas invitadas a la gala de aquella noche habrían estado en su cama. Si los rumores eran ciertos, al menos, tres.

Llegaron al elegante salón en el que iba a tener lugar la recepción. La luz de las lámparas de araña se reflejaba en los espejos que cubrían las paredes y en los rostros de los importantes asistentes que habían pagado

más para tener el privilegio de saludar a los invitados de honor. Se oyó un murmullo cuando llegaron juntos a la puerta.

La Reina de Hielo y el playboy, juntos después de lo ocurrido. La velada se había vuelto mucho más interesante de repente.

Cuando Agnesse había asistido a aquel evento el año anterior con Leo, se habían separado en ese momento para intentar saludar a todos los invitados entre los dos, pero cuando intentó alejarse de Sebastien, este la agarró de la mano para que siguiese apoyada en su brazo y la obligó a avanzar a su lado.

—Que empiece el espectáculo —murmuró—. Piense en el dinero que se van a gastar en la subasta.

Su mano estaba caliente y era fuerte y Agnesse se estremeció y no fue capaz de decirle que no.

Había sido anfitriona junto a Leo en cuatro ocasiones antes. Un príncipe von Frohburg siempre le daba caché a un evento. En general, cualquier miembro de la realeza lo hacía, pero aquellos primos tenían un atractivo especial: eran encantadores, inteligentes y muy guapos.

No obstante, la cercanía de Leo nunca había hecho que se le acelerase el corazón de aquella forma.

Una de las invitadas rompió el protocolo y se acercó a ellos.

Enfundada en un vestido rojo con una abertura en el muslo y emanando estilo chic francés, la condesa de Onzain se pavoneó ante ellos. Tenía veinte años más que él, pero lo devoró con la mirada como si se tratase de una leona hambrienta estudiando a un ñu.

Apoyó una mano en el pecho de Sebastien y le dijo:

—Está tan guapo como siempre, Alteza.

Agnesse sintió el extraño impulso de interponerse entre la condesa y su presa, como si él no fuese capaz de defenderse solo. Y más. Lo demostró cuando llegaron las hijas de la condesa, que lo rodearon y compitieron por su atención. ¿No tenían vergüenza?

Él les dedicó una sonrisa, les tomó la mano y se la acercó a los labios para plantar un exagerado beso.

Agnesse puso los ojos en blanco. ¿Él tampoco tenía vergüenza?

Por fin, Sebastien pareció recordar su presencia y se giró hacia ella.

—Condesa, señoritas, permítanme que les presente a mi acompañante esta noche, Su Majestad la reina Agnesse de Ellamaa.

Las hermanas se inclinaron ante ella y la condesa agachó la cabeza.

—Su acompañante es un ejemplar magnífico, ¿verdad, Majestad? —comentó la última—. Espero que no pretenda monopolizar su atención toda la velada.

—Siento contradecir a Su Alteza, pero no soy su acompañante, ambos somos anfitriones, nada más. Y no soy de esa clase de mujeres a las que les gusta llamar la atención de... un animal salvaje, condesa —le respondió Agnesse, soltando el brazo de Sebastien—. Estoy encantada de dejarlo en libertad.

La condesa se echó a reír.

—Pobre Sebastien. Al parecer, no impresionas nada a Su Majestad. ¿Estarás perdiendo tu toque?

Antes de que Agnesse pudiese alejarse de ellos, el príncipe la agarró de la mano y le dio un beso en ella mientras le dedicaba una mirada seductora.

—Estaré encantado de volver a estar en cautividad si me lo pide. No tiene nada más que avisarme.

Ella apartó la mano y se marchó, uniéndose al primer grupo de invitados con el que se encontró. Durante la siguiente hora, charló animadamente y sonrió, era su deber.

Y a pesar de que estuvo observando a todas las mujeres a las que el príncipe miraba y besaba la mano, pensó que no era asunto suyo y que cuando terminase la velada se olvidaría del extraño efecto que Sebastien von Frohburg estaba teniendo en ella.

Seb la dejó marchar, aunque su instinto le pidiese que fuese a buscarla y la mantuviese a su lado. Era una belleza altiva y exasperante.

Él había pensado pasar por alto su último incidente. Estaba allí en representación de Leo y de Grimentz y no podía olvidarlo, pero la reina había abierto fuego nada más verlo y lo había despreciado, para diversión de la condesa y a pesar de sus intentos de ser complaciente.

Si se hubiese tratado de cualquier otra mujer, le habría dado la espalda y se habría marchado desde el primer momento, pero la reina de Ellamaa no era una mujer cualquiera y lo cierto era que cuando la había visto salir del coche para acercarse a él por la alfombra roja él se había

olvidado por un instante de quién era. La reina le había cortado la respiración. Le había parecido perfecta de la cabeza a los pies. Las mejillas, la barbilla, la boca. ¡Qué boca! Unos labios hechos para besar...

La joven que lo había golpeado un tiempo atrás se había convertido en una verdadera diosa. Era todavía más impresionante de lo que él había recordado.

La había visto saludar al gerente del hotel, que también se había quedado deslumbrado con ella, y no era de extrañar. Después, había dudado de manera casi imperceptible al llegar a su lado. Sebastien se había dado cuenta de que le temblaba ligeramente la mano al saludarlo, y había despertado en él el instinto masculino de protección. Tal vez también porque era su acompañante oficial aquella noche. En aquel momento habría sido capaz de aplastar a cualquier otro hombre que se hubiese atrevido a tocarla.

Todas las amantes que había tenido hasta entonces podían decir que las había tratado con respeto y cuidado, pero aquello, aquello era algo nuevo. Seb supo que bajo la fría fachada había vulnerabilidad y eso le hizo decidir que tenía que desempeñar el papel de protector.

No tenía ningún sentido, porque la reina tenía todo un equipo de seguridad a su disposición y, además, porque era él quien había recibido los ataques.

Después, la mirada azul cielo de Agnesse Toivonen se había endurecido y él había sabido que no lo había perdonado por lo que había hecho con su mimada hermana pequeña. Aunque hubiesen pasado cinco años.

Y cuando la condesa se había acercado y había coqueteado con él descaradamente, Seb había creído ver en Agnesse cierto enfado.

Sebastien decidió darle la oportunidad de comportarse con civismo. Si no la aceptaba, le demostraría que hasta La Reina de Hielo podía derretirse por él.

Capítulo 3

HABÍA llegado el momento del discurso.

Agnesse sacó el discreto montón de tarjetas de su bolso y avanzó hacia el podio. Había dado muchos discursos a lo largo de los últimos años, en dos ocasiones en aquel mismo lugar, así que no tenía por qué estar nerviosa, pero lo estaba, cada vez más.

Esbozó una sonrisa y se dedicó a ordenar las tarjetas sobre el atril para intentar que se le calmase el pulso y le dejarasen de sudar las palmas de las manos.

Levantó la vista y miró a su público con serenidad, rezando porque nadie se diese cuenta de que estaba temblando. Y que, si alguien lo hacía, pensase que era porque tenía miedo escénico, no miedo a quedarse sin respiración allí mismo, delante de todo el mundo.

Nada más empezar a hablar se tranquilizó. Conocía el discurso de memoria y lo que iba a decir acerca de su padre la llenaba de orgullo.

Habló del legado del difunto rey, de lo que había esperado para el futuro de aquella organización benéfica y de la intención de ella de continuar ayudando a muchos jóvenes con el dinero que recaudasen aquella noche. Cuando se alejó del atril Sebastien la estaba esperando. Su mirada era de preocupación. ¿Se habría dado cuenta? ¿Había sido consciente de sus momentos de debilidad?

—Ha sido muy emocionante —le dijo, ofreciéndole un brazo para que se apoyase al bajar del escenario—. Su padre habría estado muy orgulloso esta noche.

Parecía sincero, pero Agnesse no pudo evitar recordar otra ocasión en la que también se había mostrado impresionado y después le había oído decir lo que en realidad pensaba de ella.

—¿Vamos al comedor? —le preguntó ella en tono frío, desconfiando.

Ya no sentía miedo ni tenía náuseas, así que casi no se apoyó en su brazo y apartó la mirada de la de él. El príncipe no podía darse cuenta. Nadie podía hacerlo. La primera reina de Ellamaa no podía mostrarse débil ante nadie.

«Tienes que estar a la altura, Agnesse», pensó.

—No entiendo que no hayan enviado a su hermano esta noche — comentó.

—¿A Max? No está hecho para esto. Los invitados habrían pedido que les devolviesen el dinero.

—Y supongo que usted va a conseguir todo lo contrario, ¿no? —le dijo ella.

Sebastien sonrió y le aseguró que esa era su idea. Ella quiso menospreciarlo, pero no pudo.

Aquella gala estaba diseñada para atraer a personas con mucho dinero y el equipo organizador había hecho todo lo posible para dar un buen espectáculo. El salón de baile ya era en sí un lugar impresionante, con las paredes cubiertas de espejos los techos bordeados de estuco dorado y una imagen pintada en el centro, en aquel caso representando el mito de Cupido y Psique, pero las flores, las estatuas y la impactante iluminación hacía que fuese todavía más impresionante. Los decoradores habían continuado con el tema del techo y habían colocado una enorme escultura de los amantes en el escenario y una estatua de Cupido con un arco dorado encima de las mesas. Mientras Sebastien la ayudaba a sentarse, Agnesse se fijó en que la flecha de su Cupido estaba dirigida hacia su asiento y la fulminó con la mirada mientras colocaba el tul de su falda.

Sebastien se sentó y ella pensó que tenía una belleza oscura, como si se tratase de un dios del infierno. Fascinante, peligroso y prohibido. Sin duda, prohibido. Los playboys no eran para reinas que intentaban ocupar un lugar serio y digno en el mundo. Por atractivo que fuese el príncipe.

Sirvieron la cena y la condesa, que también estaba sentada a su mesa, a la izquierda de Sebastien, monopolizó toda su atención. Él pareció contento, charló con ella, rio y demostró cierta complicidad. No pareció importarle que ella le tocase el brazo, o que incluso bajase la mano a su muslo y la dejase allí.

Eso tampoco molestó a Agnesse. ¿Por qué iba a hacerlo? Ella estuvo charlando con un duque mayor que la deleitó con un monólogo acerca del ciclo vital de las abejas albañiles. Fascinante.

Cuando llegó el momento de la subasta, que iba a ser animada por su coanfitrión, Agnesse descubrió que Sebastien no solo había cautivado a la condesa, sino a todo el comedor. Enseguida tuvo a todo el mundo comiendo de su mano y vaciándose los bolsillos. Los cursos impartidos por conocidos cocineros, las vacaciones en islas privadas, las sesiones de coaching con estrellas del tenis, todo alcanzó cantidades de dinero indecentes.

Sebastien coqueteó, bromeó y fingió decepción cuando la cantidad no le parecía suficiente. Incluso ella pujó por una sesión de fotografías con un conocido fotógrafo que pensó en regalar a Isobel, pero el subastador de palacio le sonrió con picardía para que supiese que él iba a conseguir la sesión pujando por un precio más alto.

—He pagado cuatro veces el valor de la sesión de fotografía — comentó Agnesse cuando la subasta hubo terminado y empezaba el baile.

Era evidente que no necesitaba halagos, él solo ya se sentía muy satisfecho de su trabajo.

La miró con los ojos brillantes.

—Y los jóvenes que van a recibir la ayuda van a estar muy agradecidos.

Eso la enterneció.

—Por supuesto, no me arrepiento en absoluto. Sé cuánta falta hace ese dinero. Nuestra vida está llena de privilegios. No podemos ni imaginar cuánto sufren otras personas con menos suerte.

—Yo sí puedo —le contestó él y después apretó los dientes.

—Hemos crecido los dos rodeados de lujos. ¿Cómo es posible que...?

Agnesse se interrumpió al darse cuenta de que su tono era frío y cruel.

—No se trata solo de carecer de objetos materiales. No todos tenemos la suerte de haber tenido un padre cariñoso, Majestad —le contestó él.

Aquellos ojos vacíos de emoción no parecían los del hombre al que había visto reír unos momentos antes, ni de los del hombre hedonista al que ella había creído conocer. ¿Tenía Sebastien von Frohburg un pasado oscuro? ¿Cómo era el hombre que había realmente detrás de sus buenos modales y de aquella cara bonita?

Parecía tranquilo mientras las parejas empezaron a llenar la pista de baile, pero Agnesse se dio cuenta de que tenía la mandíbula apretada y sintió el impulso de acariciarle el brazo, pero se contuvo.

La extraña tristeza que había creído ver en sus ojos había sido fruto de la luz, o tal vez fuese ella la que estuviese demasiado sentimental. El pequeño cupido que había encima de la mesa brilló y ella alargó la mano y lo cambió de posición para que su flecha dejase de apuntarla.

Cuando volvió a sentarse Sebastien la estaba observando. Ya no había melancolía en su mirada y había recuperado la sonrisa de playboy. Él miró la estatuilla y después a ella, y sonrió todavía más. Se estaba burlando de ella.

De repente, a Agnesse se le aceleró el corazón. Por lo general podía controlar aquellas reacciones, lo haría como lo hacía siempre y el momento de desasosiego empezaría a pasar, pero no lo estaba consiguiendo.

En el dedo meñique de la mano izquierda llevaba el sello de oro y un rubí que le habían regalado por su dieciocho cumpleaños, como a todos los herederos de Ellamaa. Lo hizo girar una y otra vez y entonces se dio cuenta de que Sebastien también se fijaba en aquel gesto. Era el anillo que le había hecho la cicatriz en la mandíbula.

Puso la otra mano sobre el anillo y buscó desesperadamente con la mirada encima de la mesa que tenía delante.

Entre los restos de la cena vio su copa de vino blanco, otra de champán, ambas intactas, una botella de agua con gas fría y, al lado, otra copa vacía. Lo puso todo en fila y sintió que se le empezaba a calmar el pulso por fin, pero necesitaba agua y la que había en la mesa no le servía.

Llamó a un camarero.

—¿Puede traer agua sin gas, por favor? Del tiempo. Con un hielo y una rodaja de lima.

El camarero se alejó y el hombre que tenía al lado rio suavemente.

—¿Tienes algún problema con la bebida que he pedido? —le preguntó ella.

—Eso no es una bebida, es lo que pediría alguien en proceso de desintoxicación.

Ella se obligó a mostrarse tranquila y lo miró de arriba abajo como si su proximidad la repugnase.

—Tal vez sienta que es lo que necesito.

—Tal vez, Majestad, lo más sensato en estos momentos sería retirarse.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Una Toivonen nunca se retira.

—Un Frohburg tampoco. Si lo que quiere es pelea, que es lo que parece estar buscando toda la velada, tal vez la encuentre. Y le advierto que yo siempre intento ganar.

Sofia, la mayor de las hermanas Onzain, pasó junto a su mesa de la mano de un hombre, de camino a la pista de baile, y se quedó mirándolos un instante.

—Aunque, en vez de pelear, supongo que podríamos bailar —comentó Sebastien.

—¿Bailar con usted? —le preguntó Agnesse sin inmutarse a pesar del brillo de sus ojos—. Gracias, pero prefería pelearme con un oso hambriento.

Él inclinó la cabeza y la estudió, sus ojos verdes la retaron.

—También podría desempeñar ese papel —susurró él—. Si es lo que quiere.

Ella agradeció que hubiesen bajado la luz porque acababa de ruborizarse. Era un error de colegiala haber alentado semejantes confianzas. Keert se habría sentido decepcionado con ella.

—Es solo un baile —añadió Seb, mirando hacia la pista de baile—. Y es lo que se espera de nosotros. ¿Lo hacemos cuanto antes? Es como quitarse una tiritita, hay que hacerlo del tirón.

Agnesse levantó la barbilla.

—Si va a ser tan desagradable, será mejor que no lo hagamos.

—Me temo que no podemos evitarlo —le dijo él, levantándose y alargando la mano—. ¿Me hace el honor?

Varias personas los estaban mirando y, sin duda, varias cámaras también los estaban enfocando. Ella no quería que al día siguiente apareciese ninguna polémica en la prensa, así que, muy a su pesar, se puso en pie, le dio la mano al príncipe y permitió que este la llevase hasta la pista de baile.

Como era de esperar, se movía muy bien y la guio con pericia. Fue tan fácil seguirlo que Agnesse incluso se relajó un poco. Los momentos de pánico habían pasado y la peor parte de la velada había quedado atrás.

—Ve —comentó él sonriendo—. Es una sensación agradable.

—Supongo que baila muy bien.

Seb inclinó la cabeza.

—Aunque me lo haya dicho a regañadientes, gracias por el cumplido.

—Seguro que es porque ha tenido muchas oportunidades para practicar —añadió ella enseguida.

Él no replicó en esa ocasión, en su lugar, arqueó las cejas.

—Sí, he estado con mujeres. Me gustan las mujeres y no tengo que disculparme por ello —le dijo después de unos segundos, mirándola a los ojos—. Tal vez me podría gustar usted. Si me lo permitiera.

Ella hizo un sonido que pretendía ser burlón, pero le salió una especie de gemido. Clavó la vista en el nudo de su pajarita y se preguntó qué haría el príncipe con una mujer que le gustase.

—Es usted quisquillosa, pero me gusta igualmente —continuó él.

El vestido rojo de la condesa apareció en la pista. Estaba bailando con un joven diplomático que parecía encantado. ¿Cómo hacían aquello otras mujeres? Agnesse no sabía coquetear, no sabía cómo atraer a un hombre y, de todos modos, ¿qué sentido tenía? Era La Reina de Hielo, lo único que podría hacer era decepcionarlo.

Sebastien siguió la dirección de su mirada.

—La condesa no es como piensa. Le divierte que la vean como una mujer fatal, pero casi todo lo que se dice de ella es mentira. Utiliza su influencia para conseguir dinero para muchas organizaciones benéficas en toda Europa, pero prefiere que no se sepa.

—¿Quiere decir que todas las historias que circulan sobre ella son falsas?

—No todas, pero no fue un fin de semana, sino solo una noche. Y solo una mujer —le explicó él—. No significó nada para mí, ni para ella. Ambos estábamos aburridos y buscábamos algo de entretenimiento.

—¿Hace algo tan íntimo solo por aburrimiento?

Nada más preguntar aquello, Agnesse se arrepintió, había sonado demasiado remilgada.

—Señora —dijo él—, si no ha sentido placer haciendo algo tan íntimo, como usted dice, ha sido porque su amante no lo estaba haciendo bien.

Hacía mucho tiempo que su amante no estaba en su vida y solo había tenido una primera y última vez con él, pero no iba a contárselo a aquel hombre. Era probable que lo viese como un reto.

—Yo no hice nada para negar aquella historia —admitió Sebastien—. A las Onzain les divierte la popularidad y, en cierto modo, aquello le vino bien a mi primo, al que le había dejado su prometida. Así la prensa tuvo un escándalo mayor del que ocuparse.

—Ah... entiendo.

Sebastien la miró divertido.

—Sí, no soy la terrible criatura que usted imagina.

Ella intentó asimilar aquella sorprendente revelación.

—Es difícil, ¿verdad? Admitir que no soy el desalmado que pensaba.

Agnesse alzó la barbilla.

—Aun así, le rompió el corazón a mi hermana. Solo tenía dieciséis años.

Él la miró a los ojos.

—Solo por ese motivo yo jamás habría hecho algo inapropiado. Era consciente de su juventud. Nos habíamos conocido un mes antes en casa de un amigo común. Recuerdo haber tenido con ella una conversación agradable, nada más. Después, en aquella boda a la que todos asistimos, ella se comportó como una niña maleducada y recibió una reprimenda por ello.

—Podría haberla dejado de un modo más amable.

—Nadie dejó a nadie. Yo no había mostrado ningún interés por ella.

El resto de parejas se había apartado para dejarles el centro de la pista de baile, pero Agnesse no se dio cuenta.

—Esa no es su versión de los hechos.

—No me sorprende que su hermana le mintiese.

—No es ella la que mintió.

—Mire. Estoy intentando ser educado. Cualquier otro hombre intentaría vengarse por lo que me hizo delante de todo el mundo aquel día.

—¿Vengarse? Yo solo defendí a Isobel. Usted era el culpable. Ya estamos iguales.

—No —le respondió él, haciéndola girar—. Todavía no.

Bailaron en silencio unos segundos.

—Isobel no me interesaba —añadió Sebastien por fin—. Ni me interesa. Sin embargo, me estoy sintiendo atraído por su hermana. Aunque sea bastante complicada.

—No soy complicada. Ni estoy interesada. Además, soy inmune a cualquiera de los encantos que cree tener.

—¿Seguro?

¿Se lo había imaginado ella o el príncipe se había acercado todavía más?

—¿Y qué encantos son esos? ¿Se refiere a mi belleza? ¿O a mi inteligencia?

—¿O a la arrogancia? —replicó ella.

Él se echó a reír.

—Sé que le ha gustado cómo he conducido la subasta. He visto todas las emociones que surcaban su rostro. No puede ocultarlo. Le gusto.

—Está equivocado —le aseguró Agnesse entre dientes, pero sintió que se le endurecían los pechos al notar el roce del de él.

Sonrió a una pareja que bailaba a su lado y luchó por contener la excitación que la invadía al estar en brazos de aquel hombre.

—No le ha gustado que la condesa me tocara.

—Lo que haya ocurrido durante la cena ha sido...

Sebastien sonrió de medio lado.

—Entonces, sí que ha estado observándome, ¿no? Pero yo me refería a antes, cuando se ha acercado a nosotros al principio de la velada. He pensado que iba a colocarse usted entre ambos.

La abrazó con más fuerza y apoyó la mejilla en la frente de ella.

—No tiene por qué ponerse celosa, Majestad.

¿Cómo estaba haciendo aquello? ¿Cómo era posible que la hiciese sentirse indefensa, nerviosa y tan viva al mismo tiempo?

Pero aquel era el hombre que le había parecido tan cautivador y que después había hablado mal de ella. De ella, que se tomaba su papel muy en serio y que trabajaba duro para ganarse el respeto de su pueblo. Tal vez a él se le hubiese olvidado, pero ella se acordaba. A pesar de lo que había descubierto de él un rato antes, seguía siendo un hombre que utilizaba su título para sacar provecho, que disfrutaba de su estatus y no admitía ninguna responsabilidad que este implicase.

Agnesse se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Está muy equivocado. No estaba celosa. Tal vez tenga un rostro bonito, pero no me interesa. ¿Cómo va a interesarme? Es el segundo hijo de un segundo hijo que solo busca placer y poco más. No está ni podrá estar nunca a mi altura.

Se dio cuenta de que aquello lo enfadaba y que su rostro se convertía en una fría máscara.

Ella no había pretendido insultarlo y se había arrepentido al instante, pero estaba intentando lidiar con las reacciones de su propio cuerpo.

Lo último que habría esperado fue lo que ocurrió a continuación.

El príncipe la hizo girar entre sus brazos, la echó hacia atrás y, antes de que pudiese detenerlo, la besó. Ella se quedó tan sorprendida que se lo permitió. Dejó que sus labios y su lengua se tomaran todas las libertades.

Agnesse no supo descifrar su sabor, pero le gustó.

Le gustó su pasión. Se quedó sin aliento.

Entonces, su boca y su dulzura desaparecieron. Ella abrió los ojos y lo miró fijamente.

—Ahora sí que estamos iguales —le dijo él.

Volvió a tirar de ella para ponerla recta y después se marchó.

La dejó abandonada, sola, rodeada de la élite europea, que se olvidó de sus elegantes modales y la miró con desdén.

Capítulo 4

LA limusina tardó diez minutos en atravesar Viena y después Seb tardó cinco minutos más en llegar a la suite del hotel, donde el enfado lo llevó directo al bar. Se sirvió una generosa copa de whisky y se lo bebió de un trago, haciendo una mueca cuando el líquido ambarino le quemó la garganta. Según la etiqueta era una botella muy buena, pero él no la apreció. Seguía con el sabor de la reina grabado en los labios.

No debía haberla besado.

Se aflojó la pajarita, se quitó la chaqueta y la dejó encima del sofá. Después, se rellenó la copa.

¿Por qué lo había hecho?

Porque ella lo había ofendido, lo había despreciado. Agnesse de Ellamaa había traspasado todos los límites al insultarlo, pero su venganza se le había vuelto en contra al probar sus dulces labios, cuando había sentido que ella se derretía entre sus brazos.

Era una belleza, sí, pero había más. ¿Sería porque estaba fuera de su alcance? En cualquier caso, Seb no tenía intención de tener nada con la reina. Aquel beso iba a ser todo. No dejaba que ninguna mujer se interpusiese en su camino, mucho menos alguien de la realeza. Ya tenía suficiente con su familia. No había renunciado a su título porque era lo que habrían querido los Frohburg, y no iba a darles esa satisfacción.

Además, se lo debía a Leo. Era el mejor de todos ellos y el único que lo consideraba parte de su familia, el único que había estado siempre a su lado. Había sido más hermano que Max, su hermano mayor. Seb mantenía el título y su vínculo con los Frohburg por Leo.

Y por su madre.

La humilde joven que, a pesar de lo que habían pensado de ella, se había casado con un príncipe por amor y solo por amor.

Sebastien solo tenía un par de fotografías de ella. En ambas aparecía vestida de un modo sencillo, con su alianza como única joya. Era evidente que no se había casado por el dinero y el estatus de su marido. No había querido que nadie la llamase princesa, aunque se había comportado con la dignidad propia de ella.

Fabienne Bonfils había querido al príncipe Georg como hombre, no por su título, pero Seb iba a mantener el título en su honor y en su recuerdo. Y muy a pesar de sus estirados familiares que odiaban que el título fuese suyo por derecho.

¿Compartiría Agnesse aquellos prejuicios? ¿Era ese el motivo por el que se había burlado de él?

—Ya estamos iguales —le había dicho ella, levantando la barbilla de manera retadora.

Y la luz había hecho brillar sus perlas y su piel perfecta. En ese momento, lo único que él había querido había sido besarla.

Desde que la conocía, siempre la había visto adornada con unas pequeñas perlas y una cadena con un colgante con la letra A. La recordó el día que había dado el discurso en el colegio, también las había llevado, y el pelo recogido con una cinta azul, del mismo color que sus ojos.

De vez en cuando, y para guardar las apariencias, su padre lo había llevado a algunos actos y ese era el motivo por el que Seb había estado allí aquel día.

Él le había guiñado un ojo al darse cuenta de que estaba nerviosa y había pensado que era la chica más guapa que había visto jamás.

Pero su padre se había dado cuenta y mientras esperaban el coche para marcharse le había dicho:

—Olvídate de esa chica. Es la heredera al trono y tú no estás a su nivel.

Él había intentado ocultar su dolor y había replicado que era guapa, pero que no le interesaba porque era ella la que no estaba a su nivel intelectual.

Al parecer, Agnesse lo había oído aquel día.

Seb se sirvió más whisky y se llevó la mano a la cicatriz que tenía en la mandíbula. ¿Le habría dado el puñetazo por aquello en realidad?

De todos modos, suponía que no volvería a ver a La Reina de Hielo, aunque él había descubierto esa noche, o tal vez lo había sabido siempre, que la reina de Ellamaa no era fría en absoluto.

Era una criatura cálida y sensual.

Seb se pasó una mano por el pelo. Lo que había hecho no había sido digno de un caballero. No debía haberla dejado sola en la pista de baile. Se tomó otro trago de whisky.

Oyó voces en el pasillo que interrumpieron sus pensamientos. Su suite estaba situada en el último piso del hotel, donde solo había otra habitación. Él se había cambiado en su avión privado y había ido directamente a la gala desde el aeropuerto, así que no se había encontrado a su vecino de planta.

No tardó en darse cuenta de quién se trataba.

—Majestad. Por favor, abra la puerta. Déjeme entrar.

Sí, Agnesse de Ellamaa estaba al otro lado del pasillo y, al parecer, seguía causando problemas.

Las voces cada vez sonaban con más fuerza y mayor agitación. Seb intentó no escuchar lo que decían, no era asunto suyo, pero no pudo evitarlo. Estaban golpeando la puerta de enfrente con el puño.

—¿Señora? ¿Agnesse? Abra la puerta.

Que llamasen a la reina por su nombre era una señal de preocupación. Seb decidió salir al pasillo.

Delante de la puerta de la otra suite estaba el equipo de seguridad de la reina y una mujer menuda que parecía muy nerviosa, seguramente una criada, y un trabajador del hotel.

—¿Qué ocurre?

La criada se acercó a él.

—La reina me ha pedido que fuese a buscar a Christina y, después, no me ha dejado volver a entrar. Es la primera vez que hace algo así. No sé qué le pasa.

—Tal vez quiera estar a solas después de pasar la noche cumpliendo con su obligación —sugirió él.

Pero la criada estaba realmente preocupada y Seb se sintió mal.

—¿Dónde está la entrada de servicio?

—La tarjeta para abrirla no funciona —admitió el trabajador del hotel—. He pedido que traigan otra.

En ese momento llegó el gerente, que se disculpó con Seb al tiempo que reprendía al empleado por haber molestado a Su Alteza. Seb le respondió que no había sido culpa del otro hombre.

Seb tomó la tarjeta que el gerente tenía en la mano, abrió la puerta y ordenó a todo el mundo que esperase fuera, les aseguró que él los llamaría si era necesario. Agnesse había echado a todo el mundo de allí por un motivo. Ocurriese lo que ocurriese, no quería tener testigos. Y Seb la entendió. Él se había sentido igual muchas veces.

Empezó a buscar por la suite, la llamó. El salón estaba vacío. Vio que la puerta que daba a la terraza estaba abierta y se acercó a ella, las vistas a la ciudad eran maravillosas, pero también estaba vacía. Así que se dirigió hacia el dormitorio. Alguien había estado allí porque la cama estaba deshecha. Entonces, oyó ruido en el cuarto de baño. Fue hacia la puerta y la abrió.

Y allí estaba ella, hecha un ovillo en el suelo, envuelta en un albornoz blanco, despeinada y sin maquillaje. Su maravillosa némesis.

En pleno ataque de ansiedad.

Casi no había tenido tiempo de inventarse un motivo para hacer que Dorel saliese de la habitación antes de que las náuseas y los mareos se apoderasen de ella. Se había metido en la cama como había podido y después había salido de ella para ir al baño a lavarse la cara. Una vez allí, se le habían doblado las piernas y se había dejado caer al suelo.

Con la cabeza dándole vueltas y el corazón acelerado, había oído que llamaban con insistencia a la puerta y gritaban su nombre. No había querido preocupar a nadie, pero tampoco que la vieses así. No podían saber que tenía aquellos momentos. Nadie podía saberlo.

Entonces oyó una voz que la llamaba suavemente, más cerca. La reconoció al instante.

No era posible.

Aunque, al mismo tiempo, se dijo que estaría a salvo con él.

A pesar de que la había humillado públicamente, cuando lo vio aparecer en la puerta alargó los brazos hacia él.

—Sebastien...

Este se agachó y tomó sus manos. Su gesto era de preocupación.

—Mi corazón... Tengo miedo —le explicó Agnesse.

—Lo sé, estás teniendo un ataque de ansiedad. Se te va a pasar, te lo prometo, y voy a quedarme aquí hasta que estés bien.

Estaba equivocado. No era un ataque. Era el peor ataque que había tenido en toda su vida. Se estaba muriendo. Tenía el corazón tan acelerado que se le iba a salir del pecho.

—Mírame —le ordenó él en voz baja—. Vamos a respirar juntos. Inspira, Agnesse.

Sebastien estaba muy tranquilo. ¿Cómo podía estar tan tranquilo si ella se estaba muriendo?

—Respira —le repitió él, apretándole las manos.

Ella lo intentó. No ocurrió nada. No pudo hacerlo. No iba a poder volver a respirar jamás.

—Está bien. Sé que estás asustada, pero toda irá bien si haces lo mismo que yo.

Lo vio tomar aire por la nariz y echarlo muy despacio por la boca.

Lo imitó. Más o menos. Y sintió que el puño de hierro que le oprimía los pulmones se abría lo suficiente como para que tomase aire.

—Muy bien. Ahora, échalo.

Ella espiró. Todavía tenía la sensación de que se iba a ahogar, pero Sebastien continuó respirando muy despacio y dándole instrucciones. Ella lo imitó mientras se aferraba a sus manos como si se tratasen de un salvavidas.

Poco a poco notó que volvía a respirar.

—Ahora, dime cinco objetos que puedas ver —le pidió él.

—¿Qué?

Agnesse no entendió por qué le pedía aquello. Su prioridad era respirar.

—No es la primera vez que veo esto —le dijo él—. Colaboro con una organización benéfica que trabaja con enfermos mentales. Ahora, dime cinco objetos, Agnesse.

Ella intentó procesar aquello. ¿El playboy colaboraba con una organización benéfica? Eso la sorprendió tanto que empezó a responder a su pregunta.

—A ti.

—Muy bien. ¿Qué más?

La habitación todavía estaba girando a su alrededor, pero Agnesse intentó concentrarse.

—Un grifo dorado.

—Bien. ¿Qué más?

—Dos... ¿Dos grifos dorados?

Él sonrió.

—Buen intento, dime algo diferente.

—Qué puntilloso —le respondió ella, temblando—. Está bien. Espejo. Bañera. Y toalla.

Su corazón por fin se estaba calmando.

—Buena chica. Ahora, cuatro cosas que puedas oír.

—¿A alguien que es muy pesado?

—Me lo vas a agradecer. ¿Qué más?

—Mis dientes.

—Otra más.

—El aire acondicionado —añadió ella sin que le temblase la voz.

La pared que tenía detrás separaba el baño del pasillo que había fuera de la suite y oyó a Darel discutiendo con Christina.

—A mi criada gritando.

—No me extraña. Nos has dado un buen susto.

—Lo siento.

Agnesse notó que volvía a respirar. Se dio cuenta de que Sebastien estaba serio. Y que la estaba tratando con amabilidad.

—Perdiste a tu padre y te convertiste en reina a la vez. Todavía no lo has asumido todo, no me sorprende que tengas momentos así.

Ella lo miró, se olvidó de protegerse contra él.

—¿Crees que vas a poder ponerte de pie? —le preguntó Seb.

Todavía le temblaban las piernas. Estaba agotada.

—Dame un minuto. Pronto estaré bien. Te puedes ir ya si quieres.

—De eso, nada. Me voy a quedar hasta que estés recuperada. ¿Quieres que llame a un médico?

—¡No!

Él arqueó una ceja.

—No, gracias, quería decir. Pronto estaré bien y tengo que trabajar.

—Ya has estado trabajando en la gala. Es hora de descansar.

—Pero tengo que leer un informe y varios correos electrónicos pendientes de responder.

Él puso los ojos en blanco.

—¿No sabes nada de ataques de ansiedad? —le preguntó.

Lo cierto era que no, nunca le había dado uno tan fuerte.

—Voy a estar bien. De verdad —intentó tranquilizarlo ella.

—Eres muy testaruda —le respondió Seb, tomándola en brazos—. No voy a permitir que trabajes esta noche.

La sacó del baño y ella no protestó porque se sintió con él más segura que en muchos meses.

A Seb le encantó tenerla en brazos, pero se dijo que eso no estaba bien. Agnesse acababa de sufrir un ataque de ansiedad. Lo mejor sería aligerar el ambiente.

—Uy, pesas mucho.

Ella balbució algo inteligible.

—¿Perdón?

—He dicho que lo correcto habría sido terminar la frase con Majestad.

Él resopló de manera burlona.

—Yo diría que son todas tus obligaciones como reina las que te han llevado a este estado, así que vamos a olvidarnos de los títulos, ¿de acuerdo? Esta noche me puedes llamar Seb.

—De acuerdo... Seb —murmuró ella.

Él la dejó en el suelo, junto a la cama, pero no la soltó por si acaso se caía. Con la mano que tenía libre, le tocó el albornoz.

—¿Te lo quieres quitar?

Se lo preguntó en tono neutro. Podía hacer aquello. La ayudaría y se marcharía de allí. No se repetiría lo que había ocurrido en la pista de baile y ella no se daría cuenta de que estaba teniendo que hacer un esfuerzo para controlarse.

Ella se desató el cinturón mientras que Seb estiraba las sábanas. El albornoz cayó al suelo y él vio que la reina de Ellamaa llevaba puesto un conjunto de lino formado por una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos a juego, todo con un estampado de margaritas. El conjunto era adorable y dejaba bastante piel al descubierto. Seb apartó la mirada y se esforzó todavía más en estirar las sábanas de algodón y la colcha de seda.

Cuando terminó, Agnesse se metió en la cama, ajena al efecto que estaba teniendo en él.

—Ojalá estuviese en casa —comentó.

Él deseaba lo mismo. Estar a cientos de kilómetros de allí, en el gris castillo de Grimentz.

—¿En Ellamaa? —le preguntó con voz ronca.

—No solo en Ellamaa, sino en el palacio de verano. Está a las afueras de la ciudad y es un lugar muy tranquilo. Es el único lugar en el que consigo relajarme.

Agnesse volvió a mirarlo con los ojos muy abiertos y él supo que debía marcharse de allí cuanto antes.

—Sé que me he comportado mal esta noche y que es mucho pedir, pero... ¿podrías abrazarme otra vez?

Seb supo que era mala idea.

—No me parece apropiado.

—Por favor, solo un instante —insistió ella.

—¿No prefieres que llamemos a tu doncella? —le sugirió Seb.

—Dorel me va a hacer muchas preguntas y no tengo ganas de verla ahora. Supongo que me entiendes. ¿No hay momentos en los que quieres que te dejen en paz?

Seb se pasó una mano por el pelo. Era cierto, había días en los que quería esconderse de todo el mundo, pero siempre había algún criado o algún miembro de su equipo de seguridad cerca.

Así que apartó las sábanas para ayudarla a meterse en la cama, se quitó los zapatos y el reloj y se tumbó a su lado. Ella se acurrucó contra sus brazos al momento, como si aquel fuese el lugar al que pertenecía.

Su perfume lo envolvió. Le resultó familiar, pero pensó que nunca le había gustado tanto. Se aclaró la garganta.

—¿Cuántas veces te había pasado esto? —le preguntó, intentando distraerse y no pensar en la suavidad de su piel y en sus tentadoras curvas.

—Cinco. Siempre por la noche. Pero esta ha sido la peor —admitió ella, jugando con el cuello de su camisa—. Odio sentirme tan indefensa, tan fuera de control.

—Te gusta controlarlo todo, ¿verdad?

—¿A ti no?

—Prefiero la espontaneidad —le respondió Seb—. De vez en cuando hay que dejar que pase lo que tenga que pasar.

—Yo no puedo permitírmelo. Tengo demasiado trabajo.

—Pero supongo que hasta una reina tiene días libres —le respondió él.

—Ahora mismo, no. No todo el mundo estaba a favor del cambio en la ley de sucesiones y sé que hay quienes están esperando que fracase.

—¿Y cómo has gestionado esos ataques en el pasado?

—No lo he hecho. Me he escondido en mi habitación hasta encontrarme mejor. Nunca se lo he contado a nadie.

—¿Ni siquiera a tu médico?

Ella negó con la cabeza y su pelo le hizo cosquillas en la barbilla.

—Hoy estoy yo aquí para ayudarte —le dijo Seb.

Agnesse suspiró aliviada.

—Cuando era niña, si estaba disgustada o preocupada, papá me distraía contándome un cuento. Eso siempre me hacía sentir mejor —le dijo, acurrucándose más contra él—. ¿Crees que podrías hacerlo?

Era la primera vez que una mujer medio desnuda le pedía algo así.

—No... no se me da bien.

—Pues esta noche te he oído contar todo tipo de historias durante la subasta —argumentó ella, levantando la cabeza para mirarlo.

—No es lo mismo.

—Por favor... —insistió, apoyando una mano en su pecho.

Seb se preguntó por qué no se habría quedado en su habitación.

—Érase una vez una reina muy bella —empezó—, que era valiente y fuerte, pero pensaba que tenía que luchar sola contra un dragón.

Agnesse suspiró y su aliento le acarició el pecho. Seb tragó saliva y continuó:

—Pero cuando la cosa se complicó, se puso su pijama favorito, que estaba salpicado de margaritas mágicas, y recordó lo mucho que su querido padre confiaba en ella.

Seb no podía verle la cara, pero estaba seguro de que había sonreído.

—Las margaritas eran sus flores favoritas —comentó Agnesse.

—Porque sabía que eran mágicas y que su magia ayudaría a la inteligente princesa a convertirse en una gran reina.

Ella se agarró a su camisa.

—No me siento como una gran reina. Tengo la sensación de no estar nunca a la altura. Solo quiero que papá esté orgulloso de mí, pero está siendo muy difícil. Lo echo mucho de menos, Seb.

Había vuelto a decir su nombre con un hilo de voz. Seb sintió pena y le dio un beso en la cabeza antes de volver a apoyar la mejilla en su pelo.

—Confía en mí, tu padre estaría muy orgulloso de ti.

Ella movió la mano y empezó a acariciarle el cuello.

—¿A qué te referías cuando me has dicho que no todo el mundo tiene la suerte de tener un padre cariñoso? —le preguntó en voz baja.

Seb lamentó haber dicho aquello.

Al ver que no respondía, Agnesse insistió.

—¿No era cariñoso tu padre?

—Solía ser frío y, en algunas ocasiones, desagradable.

Por decirlo con sutileza.

—¿Por qué? —le preguntó ella.

Era una pregunta que Seb también se había hecho muchas veces durante sus treinta y dos años de vida, pero que había decidido no repetirse al darse cuenta de que la única persona que podía respondérsela ya no

estaba allí. O, tal vez, porque siempre había sabido la respuesta: porque él había sobrevivido.

—El día de mi cuarto cumpleaños mi padre me dijo que ojalá jamás hubiese nacido.

Agnesse dio un grito ahogado y lo abrazó por la cintura.

—Lo siento mucho. ¿Quieres que hablemos de ello?

Era el primer recuerdo que tenía Seb. Su padre había entrado en la habitación después de haber bebido demasiado y le había dicho que su madre se había muerto por su culpa. Y que deseaba que se hubiese muerto él.

Entonces, habían entrado en la habitación dos criados y el padre de Leo, que le había gritado a su hermano y le había dado una bofetada. El príncipe Georg se había venido abajo y se había puesto a llorar mientras lo sacaban de la habitación. Una niñera había consolado a Seb y lo había ayudado a dormir, pero cuando ella se había marchado, él se había metido debajo de la cama y se había pasado allí toda la noche, y todas las noches durante todo un mes, por si su padre volvía.

Nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a Leo. Su padre jamás se había disculpado ni había retirado lo que le había dicho. Y él había intentado borrar aquel recuerdo de su mente, pero no lo había conseguido. Su padre llevaba siete años muerto, pero él seguía dolido.

Agnesse había apoyado la mejilla en su pecho y él pensó en buscar consuelo en su cuerpo, pero supo que no podía hacerlo.

—Te lo contaré otro día —le dijo, apartándose—. Ahora que ya te encuentras mejor, tengo que marcharme. Seguro que tu equipo está preocupado.

—Sabes que los habrías llamado si hubieses necesitado ayuda —le respondió ella—. Quédate. Solo un poco más. Por favor.

Pasó un dedo por su cicatriz.

—Lo siento mucho —le dijo, acariciándosela suavemente y dándole un ligero beso.

Sus labios solo lo rozaron, pero a Seb se le aceleró el corazón.

Ella lo miró a los ojos y después bajó la vista a sus labios.

—¿Me besarías otra vez? Como has hecho en la pista de baile...

—No pienso que sea buena idea.

—Ya lo has hecho una vez.

—No debería haberlo hecho.

—Pero querías vengarte.

—En ese momento, sí, pero ahora quiero disculparme. No me he comportado como un caballero.

—¿Y si ahora quiero que me beses?

—No —volvió a responderle él en tono firme.

—Es solo un beso. Uno pequeño. ¿Qué daño puede hacer?

Seb se dio cuenta de que Agnesse no tenía ni idea.

La vio ponerse triste.

—¿Es porque no soy lo suficientemente buena? ¿Estás conmigo en la cama y no me quieres besar? ¿Me falta algo que otras mujeres tienen? —le preguntó, enfadada—. Te acostaste con Sofia de Onzain solo porque estabas aburrido, pero a mí no me quieres besar. Supongo que ella es mucho más atractiva que yo.

Agnesse se levantó de la cama con brusquedad y se metió en el cuarto de baño.

Seb se dejó caer sobre las sábanas y clavó la vista en el techo. Tenía que haberse quedado en su habitación.

Respiró hondo, salió de la cama y fue hasta la puerta cerrada del cuarto de baño.

—No es que no quiera —le dijo, levantando la voz para que lo oyese, porque había abierto un grifo.

Ella cerró el grifo.

—Entonces, ¿por qué no me besas? Lo has hecho delante de todo el mundo.

Agnesse abrió la puerta.

—¿Es ese el problema? ¿Necesitas que te vean? ¿Quieres que llame a mi doncella?

—Agnesse...

—No te preocupes. Soy La Reina de Hielo, ¿recuerdas? Ningún hombre en su sano juicio querría tocarme.

Seb se dio cuenta de que estaba dolida y lo entendió. La vio meterse en la cama y hacerse un ovillo en ella y la siguió.

—Eres una mujer atractiva. Cualquiera hombre querría besarte, pero tienes que entender que sería una locura dejarse llevar. En especial, aquí. A solas.

—¿Te da miedo no ser capaz de controlarte? —inquirió ella.

—Lo cierto es que sí. Eso es precisamente lo que me preocupa.

Ella se giró a mirarlo.

—Entonces, te parezco atractiva.

—Sí, pero eso ya te lo he dicho. Ahora tengo la sensación de que quieres que te haga un cumplido.

Ella sonrió.

—Pues bésame, solo una vez. Para demostrarme que eres sincero.

—De verdad que estoy intentando ser un caballero —le dijo él con voz ronca.

Ella lo abrazó por el cuello y le acarició el pelo.

—No quiero al caballero. Quiero al playboy —protestó Agnesse en tono vulnerable.

Seb recordó al cretino de su prometido y todo lo que había dicho acerca de ella. Y pensó que no pasaba nada por darle un beso.

Solo sería un beso.

Enterró los dedos en su pelo y apoyó los labios en los de ella. La siguió cuando se tumbó en la cama y se colocó encima. Unos segundos más y pararía.

Ella le acarició la espalda, le sacó la camisa de los pantalones y pasó los dedos por su piel.

Seb gimió y siguió besándola. Sus lenguas se entrelazaron y él sintió que perdía el control. Nunca conectaba con ninguna mujer. Siempre se mantenía emocionalmente distante. Siempre. Era un método de protección.

¿Podía hacer el amor con Agnesse y no implicarse? Había soñado con ella desde la primera vez que la había visto, y sus fantasías no habían tenido nada que ver con la realidad de sentirla tan cerca.

Dejó de luchar. De todos modos, no era lo suficientemente fuerte. Se incorporó para quitarse la camisa y apartó las sábanas para poder

acariciarla. Volvió a la cama y le levantó la camisola para dejar al descubierto sus pechos. Se los acarició con la lengua y la hizo gemir.

—Seb... Seb...

Y él pensó que nunca había oído nada tan excitante en toda su vida. La vio deshacerse frenéticamente del pijama.

—Despacio —le dijo, y también se lo dijo a él mismo.

Aquello estaba yendo demasiado deprisa y, al mismo tiempo, demasiado lento. No podía desearla más. Su cuerpo era perfecto. Ella era perfecta. Su piel, el tamaño de los pechos, la curva de sus caderas, su fertilidad.

¿Su fertilidad?

Eso lo dejó de piedra.

—Espera... ¿Tomas algún anticonceptivo?

Ella lo miró como si no entendiese lo que le decía, no respondió.

Eso era un no.

Él tenía preservativos en su habitación, pero no podía ir a buscarlos. La bestia que había en su interior rugió con frustración, pero, por mucho que la desease, no podía arriesgarse a dejarla embarazada.

Aunque...

Fue al cuarto de baño y allí encontró lo que necesitaba, una caja de preservativos. Tomó varios, dio gracias al hotel en silencio y volvió a la cama.

Agnesse vio que Seb dejaba varios preservativos encima de la mesita de noche y se preguntó cuántas veces pensaba que iban a hacerlo. Seb se quitó el resto de la ropa y se arrodilló entre sus piernas, abrió un envoltorio con los dientes y se colocó el preservativo.

Ella lo observó hipnotizada.

Él se tumbó encima de Agnesse, que, mientras él iba al cuarto de baño, se había dado cuenta de lo inexperta que era en el tema. Se sintió incómoda y enterró el rostro en una almohada.

—Mírame, Agnesse —le pidió él en tono amable.

Ella lo miró, pero no a los ojos, y tuvo que tragar saliva al descubrir el tamaño de su erección.

—Chérie, has hecho esto antes, ¿verdad?

A ella le encantó que utilizase aquella palabra en francés.

—Hace mucho tiempo y solo una vez —admitió avergonzada.

—Si quieres parar, chérie, paramos. Solo haremos lo que tú quieras.

Lo cierto era que Agnesse no quería parar. Quería que Seb la acariciase, le besase los pechos y sentir su erección entre los muslos. Y quería acariciarlo, pasar la lengua por sus bíceps y más abajo, si tenía el valor.

Lo agarró por la mandíbula y él cerró los ojos y giró la cara para darle un beso en la palma de la mano. Agnesse pensó que tal vez hiciese aquello con todas las mujeres, pero le daba igual. Esa noche estaba con ella.

—No, no quiero parar.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

Pero cuando Sebastien la penetró, dio un grito ahogado y se retorció. Él la besó en la mejilla y le susurró palabras dulces mientras le acariciaba la parte interna de las piernas.

Y le gustó.

Él se apartó y volvió a entrar, repitió la acción, avanzando en ella un poco más.

Agnesse se sintió llena, casi abrumada por la sensación, pero quería hacerlo. Quería perderse en él y no dejar atrás absolutamente nada de la antigua Agnesse. Esa noche iba a despedirse para siempre de La Reina de Hielo.

Y quería algo más, quería verlo a él deshecho. Quería algo que fuese solo para ella, para siempre, un rastro de emoción, un pedacito de su corazón, algo a lo que pudiese aferrarse en el futuro, incluso cuando aquella noche juntos se hubiese convertido en un recuerdo lejano.

Su primera y única vez había sido con Eerik y había sido dolorosa, pero hacía tanto tiempo que tal vez ya no contase. No podía compararlo con lo que estaba sintiendo con Seb.

Algo que había tenido escondido en su interior empezó a salir gracias a aquello.

Gracias a él.

Tuvo la sensación de que era su primera vez.

Se olvidó de que Seb había sido su enemigo. Mientras la acariciaba y le daba placer, Agnesse se preguntó si aquel hombre había existido en realidad. Notó que la respiración de Seb se aceleraba, que este se movía con más rapidez, y siguió su ritmo y lo besó.

Entonces, él metió la mano entre sus piernas y la acarició. Ella levantó las caderas y empezó a notar que le costaba respirar, que no podía más.

Y gritó triunfante.

Agnesse, La Reina de Hielo de Ellamaa tenía el rostro enterrado en el cuello de su amante y por fin se había entregado a la pasión.

Capítulo 5

UNA caricia en el costado la despertó. Agnesse abrió los ojos.

Y vio a Sebastien apoyado sobre un codo, como un dios del sexo, sonriendo de medio lado.

—Te veo muy satisfecho contigo mismo —le dijo ella.

—Acabo de hacer el amor con una maravillosa belleza —le dijo él, dándole un beso—. ¿Por qué no iba a sentirme satisfecho?

Ella pasó la mano por su mandíbula, fascinada por su barba.

—¿Hacer el amor? —repitió.

Eso hizo que Sebastien se cerrase al instante.

—Es una manera de hablar. Puedes llamarlo sexo si prefieres —le dijo él, agarrándole la mano y dándole un beso en ella—, pero pienso que eso no pegaría con esta habitación tan bonita.

No había amor ni nada parecido, pero tampoco había sido una experiencia normal y corriente, sino más bien una revelación y él volvía a desearla.

No obstante, apartó las sábanas para levantarse de la cama.

—Será mejor que nadie me vea salir de tu habitación, así que tengo que marcharme ahora.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para no preguntarle si volverían a verse.

«¿Para qué?», se preguntó. «¿Para tener más sexo?». Porque eso era lo único que Seb le podía ofrecer. No podía ser lo que ella necesitaba: un buen consorte para su país.

Sin embargo, no había motivo para no disfrutar de su cuerpo desnudo mientras atravesaba la habitación y recogía su ropa. Cuando estuvo

vestido, Seb volvió a acercarse a la cama sonriendo y tomó su reloj de la mesita de noche.

—Gracias. La noche ha sido mucho mejor de lo que esperaba.

Ella arqueó las cejas.

—Si rescatarme del cuarto de baño ha sido mejor de lo que esperabas, imagino que tus expectativas eran muy bajas.

Él la miró con preocupación un instante y después sonrió.

—Pero, después de eso ha sido todo espectacular.

Ella parpadeó de manera coqueta y Seb se echó a reír mientras se inclinaba a darle un beso en la frente.

Agnesse pensó que no le importaba que se marchase así. Ella se quedaría disfrutando de la nueva Agnesse, no iba a permitir que la partida de Seb le estropease el momento.

Solo cuando se hubo marchado se dio cuenta de que se sentía ligeramente decepcionada, como si con él hubiese salido por la puerta un elemento vital de su tranquilidad.

Seb volvió a su suite sin incidentes y, lo más importante, sin ser visto por nadie más que su equipo de seguridad y el de Agnesse, a los que pagaban bien precisamente por su discreción. Le había costado mucho esfuerzo dejar a Agnesse en la cama, con el pelo rubio sobre los hombros, los pechos erguidos, observándolo mientras recogía la ropa. Si no había vuelto con ella había sido por miedo a quedarse dormido después.

Eso sí que era una novedad, porque nunca dormía con una mujer. No quería que ninguna se llevase una idea equivocada, así que siempre se marchaba.

No obstante, tenía que admitir que Agnesse Toivonen no era La Reina de Hielo, sino una mujer cariñosa y apasionada. También era vulnerable, aunque intentase ocultarlo, y a pesar de que Seb se había dicho que no volvería a haber nada entre ambos, en el fondo tenía la necesidad de protegerla.

Eso era imposible, por supuesto. Él solo tenía aventuras y mantenía las distancias con cualquier mujer que pudiese desear una relación a más largo plazo.

Sin embargo, la noche anterior había sido mil veces mejor de lo imaginado. Todavía estaba pensando en ello cuando sonó su teléfono y vio en la pantalla de quién se trataba.

—¿Sofia?

—Sebastien, menos mal que has respondido. Dime que todavía estás en Viena. Estoy metida en un lío y necesito tu ayuda.

¿Ahora iba a resultar que se había convertido en el salvador de damiselas en peligro?

—Estoy saliendo con alguien y, no sé cómo ha ocurrido, pero ha empezado a hablarme de amor, matrimonio y... bebés.

Seb estuvo a punto de echarse a reír. No podía haber una mujer con menos ganas de comprometerse que Sofia de Onzain. Pensó que en eso se parecía a él, que tampoco quería casarse ni tener hijos.

—Me ha dicho que va a venir a verme y que tiene algo importante que decirme. No quiero hacerle daño, pero, al parecer, no ha entendido mis mensajes... ¿Podrías venir tú a mi habitación? La idea es que tú le abras la puerta cuando llegue, con poca ropa, para que se dé cuenta de que no soy la mujer adecuada para él.

—Ya eres mayorcita. Dile, sencillamente, que no quieres casarte.

—Lo he intentado, pero está empeñado en hacerme cambiar de opinión. Por favor, Seb —le rogó.

—Está bien, aunque sea solo para salvar a ese pobre diablo de perder la cabeza por la mujer con menos ganas de casarse del continente.

Ella le dio las gracias efusivamente.

—Pero no me voy a quitar la camisa, Sofia.

Agnesse tenía previsto dejar el hotel a las diez de la mañana, pero a las ocho ya estaba duchada, vestida y sentada frente al escritorio que había en la habitación, dispuesta a dedicar dos horas a hacer el trabajo que no había podido adelantar la noche anterior.

Se había disculpado con Dorel y con Christina por haberlas echado de allí. Les había dicho que estaba cansada y necesitaba pasar un rato a solas. Ninguna de las dos había mencionado al hombre que había entrado en la habitación y que se había quedado allí hasta las cinco de la madrugada.

Sobre el escritorio había una bandeja con una cafetera llena y una bonita taza. Agnesse no solía desayunar, prefería empezar el día con café. Y su aroma le resultó especialmente delicioso aquella mañana. Dio un sorbo y suspiró con satisfacción.

En medio del escritorio estaba su ordenador, a la izquierda, una carpeta color crema que contenía el informe que no había llegado a leer la noche anterior. A su derecha, bolígrafo y cuaderno.

Todo estaba perfecto. Ya podía empezar a trabajar.

Sin embargo, no abrió la carpeta.

En la terraza, una suave brisa balanceaba las hojas de los árboles. Agnesse escuchó el agradable sonido que hicieron sus dedos al pasar por la madera del escritorio y recordó, estremeciéndose de placer, la piel suave y tersa del cuerpo de Seb. Suspiró, apoyó la barbilla en una mano y estudió el arreglo floral que había encima de una mesa cercana. Se trataba de un ramo de rosas en distintos tonos rosas, tan bonitas, que no pudo evitar sonreír al admirarlas. Se había alojado allí en varias ocasiones y, aunque el hotel siempre se esmeraba durante sus visitas, nunca le había parecido todo tan perfecto. Era una pena tener que marcharse tan pronto.

—¿Está trabajando o soñando despierta esta mañana? —le preguntó Dorel—. A mí me da igual, pero no espere que me muestre comprensiva cuando se enfade más tarde al darse cuenta de que tiene muchas tareas pendientes por hacer.

—No me enfado —le respondió Agnesse, sentándose recta y notando cierto dolor entre los muslos.

Pensó que Seb era un hombre con mucha energía y que ella había podido seguirle el ritmo la noche anterior.

Le pareció increíble.

Eerik le había dicho que era frígida, pero ella ya sabía que no era cierto. Al menos, con Seb. Este le había hecho sentir unas cosas con la mano y con la boca, y con...

Apartó la carpeta. No tenía sentido. Después de lo que había ocurrido la noche anterior, no iba a poder ponerse a trabajar.

—Prefiero leer el periódico —anunció.

Su doncella la miró sorprendida porque no solía romper su rutina.

—¿No sabes que algo de espontaneidad es bueno para el alma, Dorel?

—A juzgar por su postura en esa silla tengo la sensación de que no fue espontaneidad de lo que disfrutó anoche.

Tomó los periódicos de una mesa auxiliar y volvió a dejarlos caer bruscamente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Agnesse.

Dorel hizo un ademán.

—Nada, que no es prensa seria. No pienso que sea de su interés.

Pero Agnesse conocía a su doncella demasiado bien para saber que allí ocurría algo más. Se puso en pie y se acercó a donde estaban los periódicos, dando un grito ahogado al ver varias versiones de la misma noticia en la primera página de todos.

Los maravillosos recuerdos de la noche anterior se evaporaron de repente.

En todos los periódicos aparecía la misma fotografía, muy parecida a una anterior, salvo que en aquella era Agnesse la que miraba con incredulidad a Seb mientras este se alejaba.

Tantos años de cuidar su imagen, de escuchar los consejos de su padre, todo destruido por un beso de aquel hombre.

Los titulares hablaban de enamoramiento y de besarse con el enemigo.

Agnesse dejó la prensa de nuevo en la mesa y se preguntó por qué cada encuentro que tenía con Seb tenía que acabar siendo noticia.

Porque él la volvía loca. Su mente lo rechazaba por todo lo que representaba mientras que su cuerpo no podía desearlo más.

Lo ocurrido en su habitación le había hecho olvidar lo anterior. Seb la había ayudado a superar el ataque de ansiedad, así que podía perdonarlo por el beso, aunque no por la expresión de arrogancia que había puesto al alejarse de ella, dejándola sola en la pista de baile. Su gesto era triunfante. En su encontronazo anterior, cuando había sido ella la que se había marchado, al menos había tenido la decencia de hacerlo con gesto enfadado.

En aquella ocasión su madre se había puesto furiosa, por supuesto, pero su padre solo le había preguntado, tranquilamente, por qué lo había hecho. Cuando ella se lo había explicado, había entendido que hubiese querido proteger a su hermana pequeña, pero le había pedido que pensase en su comportamiento. Le había explicado que no podía tolerar ninguna muestra de violencia y que, tal vez, Agnesse no hubiese tenido en cuenta

toda la historia. ¿Estaba segura de que el príncipe había dado esperanzas a Isobel? ¿No se lo habría imaginado ella?

—Todos sabemos cómo puede llegar a ser Isobel —le había dicho.

Y tras haber escuchado la versión de los hechos de Seb, Agnesse sabía que su padre había tenido razón. Aunque no había sabido lo que ella le había oído decir al príncipe, ni había visto su sonrisa. Esto, junto a las lágrimas de Isobel, había hecho que reaccionase de aquella manera. También tenía que ver con el propio Seb y con cómo la hacía sentirse. Era como si fuese capaz de encontrar una grieta en su compostura y llegar a la mujer que había realmente debajo de ella.

En parte, Agnesse quería que la descubrieran. Y ese era el motivo por el que lo había seducido.

Porque lo había seducido ella. Se ruborizó solo de pensarlo.

La noche anterior no había sido Agnesse, La Reina de Hielo, sino otra mujer. Una mujer capaz de dar y recibir placer. Lo que le había ocurrido en los brazos de Sebastien von Frohburg era sorprendente y natural al mismo tiempo. La chispa había estado ahí desde la primera vez que lo había visto. Una chispa que no había sentido por nadie más.

Por supuesto, no tenían futuro. A pesar de lo que había averiguado de él la noche anterior, no era el nombre que ella necesitaba como compañero de vida.

De repente, ya no le gustó tanto aquella habitación y sintió que necesitaba marcharse de Viena cuanto antes.

Christina le aconsejó que no utilizase la entrada principal del hotel.

—Hay mucha prensa esperando fuera, señora.

Pero Agnesse no quería esconderse. Si le restaba importancia al beso de Seb, los periodistas se aburrirían y se marcharían.

Así que decidió salir por la puerta principal.

—¿Tiene una relación con el príncipe? —le preguntaron.

—No.

—¿Baila bien? ¿El beso fue de verdad?

—Sí y no —respondió ella, dedicando al periodista la mejor de sus sonrisas.

—El novio de la señorita de Onzain los ha sorprendido juntos esta mañana en la habitación del hotel de ella. Al parecer, Sofia estaba medio desnuda.

Agnesse sintió que se mareaba. ¿Era posible que Seb hubiese ido de su cama directamente a la cama de otra mujer? Notó que le costaba respirar.

Pero era una Toivonen, no podía permitirse mostrar ninguna debilidad.

—No es asunto mío dónde decida pasar el tiempo Su Alteza —respondió.

—Entonces, ¿usted no quería una relación con él?

—¿Una relación con el príncipe Sebastien? —inquirió ella, riendo con incredulidad—. ¿Un hombre que besa a una mujer y después se va con otra en tan solo unas horas? Sería un grave error tener cualquier tipo de relación con el mayor golfo de Europa, ¿no cree?

Subió al coche que la estaba esperando, para que nadie pudiese ver la verdad en su rostro: que había permitido que Sebastien von Frohburg le desbaratase la vida otra vez.

Los siguientes días y semanas estuvo muy ocupada y no tuvo la oportunidad de ver a Seb en persona y disculparse, porque sabía que debía disculparse con él, de corazón.

Lo había insultado en público después de que este la hubiese ayudado e incluso hubiese accedido a acostarse con ella. ¿Qué más daba que él se hubiese ido luego con otra mujer? En realidad, a ella no le había hecho ninguna promesa.

Agnesse sabía que se había equivocado con él y que tenía que pedirle perdón.

Podría haberlo llamado por teléfono, pero no había encontrado el momento. Podría haberle escrito una carta, o un correo electrónico, y lo había intentado, pero no había llegado a enviarlo. Necesitaba verlo en persona para demostrarle que estaba realmente arrepentida, pero los días iban pasando y no lo hacía. Él no había vuelto a aparecer en público, probablemente, por culpa suya.

Por fin se armó de valor e hizo la llamada. Llamó a Leo.

—Hola, Agnesse.

—¿Qué tal? ¿Cómo está Violetta?

—¿Violetta? —repitió este en tono divertido, como si conociese de antemano el motivo de su llamada—. Está bien. Embarazada.

—Me alegro mucho por vosotros —le dijo ella con toda sinceridad—. Leo, necesito ver a Sebastien, pero, al parecer, ha desaparecido de la faz de la Tierra.

—¿Y te extraña? —le preguntó Leo con desaprobación—. No se tomó bien tus últimas declaraciones y no quiere hablar con casi nadie.

—Lo siento de verdad, Leo. Por eso necesito verlo, para disculparme. Como es debido.

Hubo un silencio.

—Está bien —le dijo Leo por fin—. Si de verdad quieres verlo, te diré que está en Londres, en casa de un amigo, pero te advierto que no está de buen humor. Es posible que no acepte tus disculpas.

Tal vez, pero ya sabía dónde estaba, en Londres.

Ella estaba en París y podía llegar allí en una hora. Además, no tenía ningún compromiso aquel día. Podría ir y venir en el día, limpiar su conciencia y, con un poco de suerte, pasar página.

Tal vez no tuviese otra oportunidad, así que le dio las gracias a Leo, colgó el teléfono y llamó a su doncella y a la jefa de seguridad.

Capítulo 6

UN golfo.

Le habían llamado cosas peores y no le había importado, pero que Agnesse pensase tan mal de él le estaba resultando difícil de ignorar. Había pasado un mes, un mes entero, y continuaba estando triste, como si tuviese la sensación de que algo de un valor incalculable se le había escapado de las manos.

También continuaba deseándola y no se trataba de algo solo físico. Nunca había deseado tanto a una mujer. No necesitaba a ninguna en su vida. Entonces, ¿qué le ocurría?

Agnesse representaba todo lo que él estaba decidido a evitar: el hecho de estar atrapado en la rígida jerarquía de una familia real.

Había intentado entretenerse con el trabajo. Con un ordenador y conexión a Internet, podía hacerlo en cualquier parte. Había empezado a hacerlo para independizarse económicamente de su padre, con dieciséis años. Primero había invertido en empresas jóvenes, de reciente creación, en Grimentz: cafeterías, diseñadores de joyas, huertos. Con eso no había ganado mucho, pero le había ido bien porque se había dado cuenta de que tenía buen ojo para los negocios. Entonces, había empezado a invertir en proyectos más importantes: de energía renovable, gestión de residuos. Todo muy alejado del mundo de un príncipe hedonista. Y lo había hecho de manera anónima, por lo que el único que lo sabía era Leo. Lo prefería así. Que pensasen lo que quisieran de él. Que sus parientes elitistas siguiesen viéndolo como a una persona irresponsable y disoluta. Mientras tanto, él amasaba una fortuna que superaba la de estos, que podía manejar como le interesase.

Y la estaba manejando para bien.

Como en su residencia de Grimentz se había sentido acosado por la prensa, había estado en varios lugares de Europa, en casas de amigos, pero

los paparazis siempre lo encontraban. La prensa estaba empeñada en que entre los viejos enemigos había algo.

Sí, más enemistad todavía.

Pero Seb se había mantenido en silencio. Incluso con Leo, aunque suponía que su primo se imaginaba lo que había ocurrido. Tal vez este hubiese tenido razón: le gustaba Agnesse y quizás ese fuese el motivo por el que estaba tan dolido. No porque lo hubiese llamado golfo, no podía culparla a ella de su mala fama, sino porque, después de haber pasado la noche juntos, de haber estado hablando, Agnesse había creído que era cierto que había salido de su cama para meterse en la de otra mujer. Le dolía que pensase lo peor de él. No lo podía soportar.

Uno de sus amigos de Londres estaba reformando su casa en el céntrico barrio de Belgravia, pero las obras iban a estar paradas una semana y la casa, vacía. Que una casa en la que no había prácticamente nada le pareciese un buen lugar para esconderse era muy representativo de cómo se sentía

Sin embargo, tampoco había conseguido encontrar la paz mental allí. Por el día se había puesto una sudadera con capucha y había ido a correr de incógnito por Hyde Park, o se había machacado en el gimnasio que había en el sótano, pero por las noches lo único que había podido hacer había sido ir y venir por la casa vacía. A la tercera noche de semejante suplicio, había decidido salir.

Había escogido un bar barato y feo, el lugar ideal para emborracharse sin que nadie se fijase en él, salvo su equipo de seguridad, que había intentado disuadirlo y, al ver que no lo conseguía, se había instalado en una mesa cercana a esperarlo.

Fue muy mala suerte que en la televisión que había en un rincón estuviesen poniendo un reportaje acerca de la joven y elegante reina de Ellamaa, que estaba de visita en París, la ciudad de los amantes, y que el perdedor que había al otro extremo de la barra decidiese comentarlo.

—¿La ciudad de los amantes? Ella está sola, ¿no? Es insoportable, no me extraña que la hayan dejado por otra.

Seb se bebió de un trago su séptima copa, o tal vez fuese la octava, y pidió otra.

—Lo que necesita es que la pongan en su sitio. Piensa que vale más que ninguno de nosotros. Los rechaza a todos. Eso es lo que hizo con su ex. Además, no vale nada en la cama.

Seb se bebió la siguiente copa y la dejó con fuerza encima de la barra.

Pero el otro hombre no había terminado todavía:

—Acostarse con Agnesse Toivoren debe de ser como hacerlo con un trozo de carne congelada.

Al oír aquello, Seb se puso en pie. Tal vez se tambaleó, pero le dio igual, avanzó hacia el hombre, revelándose con todas sus fuerzas contra sus mentiras.

Agnesse Toivoren era una mujer cariñosa, ardiente, valiente y vulnerable. Y ese tipejo no tenía ningún derecho ni siquiera a pronunciar su nombre.

Le dijo que cerrase la maldita boca y recibió un puñetazo y otro torrente de insultos dedicados tanto a él como a la reina.

Después de aquello, Seb ya no recordaba más.

La casa de cuatro plantas estaba envuelta en andamios, no tenía cortinas y Agnesse vio desde fuera que tampoco había muebles, solo cubos de pintura apilados y escaleras.

No había nadie en la calle, solo Christina y su equipo, que ocupaban dos vehículos aparcados a cierta distancia de allí porque su reina les había pedido que mantuviesen un perfil bajo.

Ella respiró hondo y llamó al timbre.

Llevaba puestos unos vaqueros ajustados y una gorra bien calada para ocultar su rostro. Tenía en las manos una caja de pizza con el mismo logo que había en su gorra. Si alguien la veía, pensaría que los obreros de la casa habían pedido una pizza.

Al ver que no le abrían, Agnesse apoyó el dedo en el timbre y lo mantuvo allí. Un minuto después, admitió su derrota y se dio la media vuelta. Había bajado tres escalones cuando se abrió la puerta.

Separó los labios para saludarlo, pero se quedó sin habla al verlo. Estaba despeinado y tenía el dorso desnudo. Solo llevaba puestos unos pantalones vaqueros con el primer botón todavía desabrochado.

—Deberías saludarme antes de devorarme con la mirada —le dijo él.

Agnesse se obligó a mirarlo a los ojos. Su expresión era tan fría como una mañana de invierno. Entonces, se dio cuenta de que tenía un

hematoma en la mandíbula y algunas marcas en los brazos y en el torso también.

Subió un escalón para acercarse más a él.

—Te han hecho daño.

Seb se encogió de hombros.

—Pues deberías ver a los otros.

Ella sintió miedo al pensar en que podía haber sido peor, Seb podía haber terminado en el hospital. El corazón se le encogió al pensar que podía haberlo perdido.

Era una tonta. No podía perderlo porque no era suyo y, a juzgar por su expresión, no parecía tener muchas ganas de verla.

Entonces vio, aliviada, que Seb se apartaba de la puerta para dejarla entrar. Después, volvió a cerrarla tras de ella y echó a andar por un largo pasillo. Agnesse vio cables al aire y bombillas desnudas. Llegaron a la cocina, que estaba al fondo de la casa. En el centro había una enorme encimera de mármol y el resto del espacio estaba ocupado por muebles que esperaban a ser instalados.

Allí, Agnesse descubrió que no había sacado a Seb de la cama, sino que había interrumpido su desayuno. En la encimera había un plato con una tostada a medio comer, una cafetera y una taza rosa a la que le faltaba el asa. ¿De dónde la habría sacado Seb? A Agnesse le entraron ganas de echarse al reír, pero supo que si empezaba no podría parar y no sería buena idea.

Dejó la caja de la pizza en la encimera también y vio que él daba un sorbo a la taza de café.

—¿Qué quieres? —le preguntó Seb.

«A ti», estuvo a punto de decirle ella.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —le preguntó Agnesse.

—Una pequeña discusión.

—¿Una pequeña discusión? ¿Acerca de qué?

—Nada importante.

—¿Pero te metiste en una pelea?

Él asintió.

—¿Y se puede saber dónde estaba tu equipo de seguridad?

Seb siguió en silencio y se limitó a mirarla.

—Espero que los hayas despedido —añadió ella.

—En absoluto. Les he dado una bonificación y una disculpa. La pelea la empecé yo con un... pobre infeliz. Y mi equipo tuvo que intervenir. Al parecer, yo tampoco permití que me controlasen.

—¿Al parecer? No te acuerdas —lo acusó Agnesse—. Estabas bebido.

—Necesitaba ayuda y anoche la busqué en el alcohol.

Ella tuvo un mal presentimiento.

—¿La pelea tuvo algo que ver conmigo? —le preguntó.

Seb la miró en silencio, no respondió.

Pero ella no necesitó que respondiera. Supo que se había peleado por defenderla. Sintió vergüenza.

Le debía una disculpa, pero no le salió. Se tocó la gorra, que olía al perfume intenso y demasiado dulce de su anterior dueña. Sintió náuseas.

—¿De dónde has sacado eso?

—Del mismo lugar que la pizza —le contestó ella, sintiendo que su estómago se calmaba.

—¿Lo has comprado?

—Lo ha comprado alguien de mi equipo.

Seb dejó la taza de café en la encimera con tanta fuerza que a Agnesse le sorprendió que no se rompiera.

—Pedimos una pizza y, cuando llegó, Christina le ofreció a la chica cincuenta libras por el uniforme. Aunque lo cierto es que no quería hacerlo.

—No me extraña. Es una de las guardaespaldas más conocidas del planeta y todo el mundo sabe que trabaja para ti. Sea lo que sea lo que pagasteis a la dueña, no va a ser suficiente, seguro que va directamente a hablar con la prensa. Seguramente ya te han hecho fotografías vestida así.

—Imposible, parezco una repartidora de pizzas y nadie sabe que estoy en Londres.

—No puedes ser tan ingenua. Estoy convencido que lo saben. Siempre saben dónde estamos.

—No saben que tú estás aquí.

—Apuesto a que ahora ya sí —replicó Seb.

Ella levantó la barbilla.

—Mira, he venido hasta aquí para disculparme por lo que dije de ti.

—Podrías haberlo hecho por teléfono.

—¿Habrías respondido a mi llamada?

Él apretó los labios.

—Lo siento. Me equivoqué, pero la verdad es que te marchaste de mi cama para meterte en la de otra mujer. Me dijiste que no querías que nadie te viese y que por eso tenías que marcharte de madrugada, pero era mentira. Tenías otra cita.

—No es verdad, pero tú te lo creíste sin más.

—Te vieron —lo acusó ella.

—¿Quién?

—La prensa.

—Y la prensa siempre dice la verdad, ¿no?

—Te vieron en la habitación de Sofia de Onzain y ella iba casi desnuda, típico en ti.

—¿Y dices que venías a disculparte?

—Tienes razón. No debería haber venido. No es asunto mío con quién te acuestes.

—Entonces, ¿por qué te molesta tanto?

—No me molesta —dijo ella, sintiendo ganas de llorar.

Él se acercó.

—Y, sin embargo, estoy seguro de que, si vuelvo a decirte algo que te haga daño, te echarás a llorar.

—Tonterías —replicó ella, agachando la cabeza.

Seb se colocó justo delante.

—No me acosté con Sofia —le dijo, obligándola a levantar la barbilla y a mirarlo a los ojos para que viese la verdad en ellos—. Me pidió que fuese para que su novio la dejase.

—¿Y se supone que eso me va a hacer sentir mejor? Has hecho daño a otra persona.

Él le quitó con cuidado la gorra y el roce de sus dedos en la nuca hizo que Agnesse sintiese un escalofrío.

—Te aseguro que lo hice por su bien —añadió Seb, dejando la gorra en la encimera—. Sofia lo habría destrozado. Lo irónico es que ahora ella piensa que está enamorada y se han comprometido.

—No todo el mundo siente aversión por el compromiso, como tú.

—A mí no me importa lo que hagan los demás. Solo digo que no es para mí. Y pensaba que tampoco era para Sofia. Digamos que ambos hemos tenido ejemplos que nos han hecho desconfiar del matrimonio.

—¿La amas? —le preguntó Agnesse.

—No, por supuesto que no —le respondió Seb, echándose a reír.

Agnesse se sintió aliviada. La idea de disculparse en persona, aunque hubiese sido real, también había sido una excusa para volver a verlo.

—Me cae bien —le explicó él—. Y le deseo toda la felicidad del mundo con su prometido. Tampoco me arrepiento de las veces que he estado con ella.

—¿Y de la noche que pasaste conmigo?

Él sonrió de medio lado.

—¿Después de todo lo que dijiste de mí? —le preguntó él, pasando los nudillos por su mejilla—. No. Ni por un segundo.

La caricia hizo que Agnesse, sin saber cómo, se lanzase hacia él, que se tambaleó un poco, hasta que chocó contra la encimera y se apoyó en ella.

Agnesse lo besó apasionadamente. Hasta que lo oyó gemir.

—Lo siento.

—No, no pasa nada —le dijo él, señalando el hematoma de la cara—. Bésame otra vez.

Ella llevó los labios allí con cuidado.

—¿Así mejor?

Lo miró a los ojos y se dio cuenta de que había deseo en ellos.

Seb la agarró por la cintura y después bajó las manos a su trasero para apretarla contra su cuerpo. Agnesse se quitó los zapatos y ambos rompieron el contacto para desnudarse. Él la sentó en la encimera y después se pegó a ella, pero...

—Espera —dijo, pero Agnesse lo besó apasionadamente, separó las piernas y se apretó contra él—. Espera. Necesitamos protección.

Ella ni lo había pensado.

—Ahora vuelvo.

Lo oyó subir las escaleras corriendo y oyó pasos en el piso de arriba. Le molestó pensar que estaba preparado, incluso allí, por si se encontraba con alguien dispuesto a compartir cama con él. ¿Importaba algo que fuese ella, o le habría dado igual que fuese cualquier otra? Teniendo en cuenta su historia, ¿era posible que no hubiese estado con nadie durante el último mes?

Seb volvió, ya preparado, para ella, y a Agnesse ya no le importó que hubiese estado con otras porque en esos momentos era todo suyo.

Permitió que la penetrara y que la besara, y pensó que había soñado con aquello todas las noches desde lo ocurrido en Viena.

Lo hicieron deprisa, con brusquedad. Sin controlarse ninguno de los dos. Podría haber sido algo sórdido, pero no lo fue. Era justo lo que ella quería. Seb la conmovía, le hacía sentir cosas que no había sentido antes, se preguntó si él las sentiría también.

Notó que apoyaba la frente en la de ella, que respiraba con dificultad.

—Ha sido...

—Estupendo —comentó Agnesse.

—Yo iba a decir sorprendente, pero ha sido estupendo, sí.

Seb la bajó de la encimera y ambos buscaron la ropa. Él se vistió antes, solo tenía los pantalones vaqueros. El sol del mediodía entraba por la ventana y hacía brillar su pelo y su piel dorada. A Agnesse se le cortó la respiración.

—Vamos a probar la pizza —propuso Seb, abriendo la caja y tomando un trozo.

El olor hizo que ella volviese a sentir náuseas. Recordó que habían pasado por un baño antes de llegar a la cocina y salió corriendo. Llegó justo a tiempo. Era la tercera vez que le ocurría aquella semana. Había cenado marisco unos días atrás, debía de haberle sentado algo mal.

Al volver a la cocina, vio que el trozo de pizza de Seb estaba sobre la encimera, no lo había probado.

—¿Estás bien? —le preguntó con preocupación.

—Me ha pasado varias veces esta semana. Creo que he comido algo en mal estado.

—¿No será un virus?

—No lo sé. Llevo más o menos una semana mal.

—Entonces, tal vez no haya sido la comida.

Seb había palidecido de repente. Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre?

—Agnesse, ¿podrías estar embarazada?

—Por supuesto que no. Hemos utilizado protección. Has tenido mucho cuidado.

—¿Cuándo fue tu último periodo?

—Hace dos semanas.

Aunque había sido mucho más ligero que de costumbre. De repente, notó que se mareaba y que unos brazos fuertes la sujetaban y la sentaban en la única silla que había en la habitación para después obligarla a enterrar la cabeza entre las piernas.

No podía estar embarazada. Tenía cosas que hacer. Era la reina de Ellamaa.

Seb le dio un vaso de agua. Ella bebió un poco.

No era posible, habían tenido cuidado, pero ella tenía la certeza de que había ocurrido.

Cinco minutos después llamaron a la puerta trasera, Seb fue a abrirla y volvió con una bolsa de papel blanco en la mano. Dentro había tres cajas pequeñas, idénticas. Abrió una y leyó las instrucciones.

—Toma esto. Supongo que ya sabes qué hacer —le dijo Seb.

—No lo he hecho nunca, pero lo conseguiré.

—¿Te ayudo a ir al baño?

Agnesse lo fulminó con la mirada. Era reina y tenía que empezar a comportarse como tal. Puso la espalda recta y se levantó.

La noticia resultó ser la peor posible.

Agnesse se quedó sentada encima de la tapa del váter, se lavó la cara, se arregló el pelo y después volvió a la cocina.

Estaba embarazada.

Y emocionada.

El padre, por el contrario, estaba muy serio. No vio ni un atisbo de alegría en su rostro.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó.

—Teniendo en cuenta quién eres y quién va a ser el niño, a mí me parece obvio —le dijo él—. Majestad, considere esta una propuesta formal de matrimonio. Vamos a casarnos.

Capítulo 7

LA proposición de Seb hizo que Agnesse se dejase caer en la silla otra vez. En esa ocasión metió ella sola la cabeza entre las piernas.

—¿Me puedes dar un momento? —le preguntó.

Él se dio cuenta de que también lo necesitaba. No se arrepentía de lo que había dicho, no había otra solución. Fue hacia el salón, que estaba en la parte delantera de la casa, y sacó el teléfono.

—Me voy a casar —dijo en cuanto Leo respondió a su llamada.

—Supongo que con la reina de Ellamaa. Enhorabuena.

¿Cómo era posible que a Leo no le sorprendiese?

—Está embarazada.

—Entiendo. Bueno, tener tu propia familia te hará bien —comentó su primo tan tranquilo.

—No te he llamado para que tengamos una conversación seria. Solo quería informar a mi rey y pedirle que sea mi testigo.

—Por supuesto. Será un honor.

Seb respiró hondo. Siempre había pensado que no se casaría.

—Nos casaremos cuanto antes. Aunque todavía no vamos a anunciar el embarazo.

—Muy inteligente por vuestra parte. Que parezca que os casáis por amor y no por necesidad. Odio tener que preguntarte esto, pero ¿estás seguro de que es tuyo?

Seb contestó de manera afirmativa en voz baja. Por supuesto que era suyo. Lo contrario no se le había pasado por la cabeza.

—Volverán a sacar las fotografías, pero las utilizaremos para crear una historia de amor —comentó.

—No pensé que pudieses ser tan romántico —le dijo su primo.

—No lo soy. Estoy siendo práctico.

—¿Y qué piensa Agnesse de todo esto? —le preguntó Leo.

—Casi se ha desmayado dos veces en los últimos diez minutos.

—Es normal. Se va a casar con una persona a la que creía odiar.
¿Cómo estás tú?

Se oyó un grito al otro lado del teléfono y la voz emocionada de Violetta.

—¿Se va a casar? Pásame el teléfono.

—No, no...

—¿Seb? ¿Te vas a casar con Agnesse Toivonen? Por favor, dime que sí. Hacéis una pareja perfecta —le aseguró la mujer de su primo—. Todos vimos el beso. Qué pasión. Por fin la has conquistado. Sabía que, antes o después, se daría cuenta de lo buen partido que eres.

—Más o menos, sí —le dijo él.

—Bueno, a juzgar por la cara de mi marido, he interrumpido una conversación muy seria. Adiós, Seb. Por favor, trae a Agnesse pronto para que la conozcamos.

Leo consiguió recuperar el teléfono.

—Como te decía... ¿Cómo estás?

Seb se quedó pensativo. De momento, no había salido huyendo. Estaba preocupado, pero también emocionado.

—Haciéndome a la idea —respondió.

—Bien. ¿Necesitas algo más?

—¿Podría utilizar la casa de Mayfair esta noche?

—Es tuya —le dijo Leo riendo—. Vas a ser el príncipe consorte de Ellamaa.

—No. No pienso aceptar más títulos —protestó él.

—Tal vez te guste. Lo harás bien.

—Mi padre me hizo odiar a la realeza, lo mismo que tu familia.

—Te guste o no, también son tu familia. Y tal vez cambien de opinión acerca de ti cuando sepan que vas a casarte con una reina.

—Por mí, pueden irse al infierno —le respondió Seb antes de colgar.

La habitación dejó de dar vueltas por fin y Agnesse levantó la cabeza, pero no se puso de pie por si acaso. Abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba sola. Seb le había dado el espacio que ella le había pedido. No podía pensar con su torso desnudo tan cerca.

Estaba embarazada.

Eso lo cambiaba todo. Y Seb tenía razón. La única solución era casarse con el padre del bebé.

Siguió el sonido de su voz y lo encontró en la parte delantera de la casa, en lo que probablemente se convertiría en un elegante salón, con unas bonitas vistas al parque que había enfrente.

Seb se giró al oírla llegar.

—¿Estás bien? —le preguntó con preocupación.

Ella asintió.

—¿Con quién hablabas?

—Con Leo. Le he pedido que sea mi testigo —le respondió él—. Si es que hace falta.

Agnesse tragó saliva. No tenían elección.

—Sí.

Él la miró con alivio, luego, alargó la mano a modo de invitación. Ella se acercó, no podía resistirse a él. El calor de su mano fue tan reconfortante que no dudó en instalarse entre sus brazos.

—La historia va a ser así. Nos enamoramos. Intentamos evitarlo, pero ha sido demasiado fuerte para los dos. Nos hemos estado viendo en secreto, pero nos han descubierto.

—Nadie se lo va a creer —le dijo ella.

—Verás como sí. Y cuando nazca el bebé se darán cuenta de que ya estabas embarazada cuando nos casamos, pero pensarán que nos amamos y que el bebé... Que es un bebé querido y buscado.

Seb le acarició el pelo y ella lo miró a los ojos.

—Ahora, bésame otra vez como si me amases de verdad —le pidió él.

Y Agnesse lo besó y sintió que no tenía que fingir. Estaba loca por él.

Treinta minutos después estaban en el recibidor. Un guardaespaldas de Seb, que también había recibido un golpe en la mandíbula, se apostó en la puerta principal. Detrás de ellos iba el resto del equipo de seguridad, con varias maletas y algunos ojos morados.

Fuera esperaban Christina y su equipo, manteniendo a la prensa alejada de las escaleras. Había por lo menos dos docenas de fotógrafos y periodistas.

Agnesse se había quitado el uniforme de repartidora de pizza y llevaba la chaqueta de vestir azul marino con la que había salido esa mañana de París, pero habría preferido ponerse una de las sudaderas de Seb para poder esconderse dentro de ella y no volver a salir.

Seb estaba impresionante con un traje negro y camisa blanca, sin corbata.

—¿Preparada? —le preguntó él.

¿Para lo que los esperaba al otro lado de la puerta? ¿El escándalo, el escrutinio, la desaprobación de su primer ministro, la sorpresa de su hermana, la decepción de su madre y una boda con aquel hombre?

Era difícil estarlo.

Pero él la arropó con el brazo y sus equipos de seguridad les abrieron paso.

—¿Qué hacían aquí? —preguntó un periodista.

—Buscar intimidad —respondió Seb—, pero nos habéis encontrado.

—El disfraz de repartidora ha sido un regalo. ¿Lo has hecho a propósito para que os descubrieran y que tuviese que declararse, Agnesse? ¿No decías que era un golfo?

Ella tropezó, pero Seb la sujetó y la ayudó a subirse en la parte trasera del coche. Después, se sentó a su lado. Cerraron la puerta y Agnesse se sintió aturdida. Fue Seb quien le abrochó el cinturón de seguridad.

—Agnesse —le dijo con voz suave—. Respira.

Ella lo obedeció y su cuerpo respondió.

—No sé si voy a poder casarme contigo —admitió en un hilo de voz.

—Me da igual. Soy el padre de tu hijo y voy a estar a vuestro lado.

A Agnesse le gustó oír aquello, pero también pensó que Seb no la amaba, que jamás la amaría.

—¿Y si no es tuyo? —le preguntó, desesperada por encontrar una salida.

Él la fulminó con la mirada.

—¿Me estás diciendo que has estado con otro en este último mes?

—No, por supuesto que no —admitió Agnesse, avergonzada.

Seb no le había preguntado si el niño era suyo, no había dudado ni un instante, todo lo contrario que ella en Viena. ¿Sería Sebastien von Frohburg un golfo o un hombre honrado?

No tardaron en llegar a la residencia que los Frohburg tenían en Londres. Agnesse no tenía casa allí, si no, habría insistido en que fuesen. Aunque no sabía si Seb la habría escuchado.

—Deberías descansar cuando llegemos. Yo lo arreglaré todo.

—¿Todo?

—La boda.

—¿La boda?

Aquello estaba yendo demasiado deprisa.

—Cuanto antes te lleve a casa, mejor.

—¿A casa? —repitió ella.

No sabía lo que le estaba pasando, de repente, parecía un loro.

—A Ellamaa. Al palacio de verano, para ser precisos. Has dicho que ese es el lugar al que vas a descansar y una mujer embarazada necesita descansar.

—Pero tengo cosas que hacer —argumentó ella—, soy la reina.

Lo era. Y había llegado el momento de empezar a comportarse como tal. No podía permitir que Seb tomase las riendas.

—Estás esperando un hijo mío —le dijo él—. Y eso es lo más importante.

—No estoy de acuerdo —protestó Agnesse, pero fue en vano.

Acababan de llegar a la casa que Leo y Violetta tenían en Londres. Seb ya había salido del coche y estaba dando la vuelta para abrirle la puerta.

—Puedo sola —le dijo, enfadada, negándose a aceptar su mano.

—Lo pensaría si no pareciese que vas a desmayarte cada vez que hago un comentario.

Seb la agarró para poder entrar juntos en el palacete, donde las escaleras eran de mármol, había lámparas de araña en los techos y valiosas obras de arte por todas partes.

Aquella no era una casa familiar, al menos, la planta baja. Era un lugar diseñado para mostrar la riqueza y el estatus de sus propietarios. ¿Sería así como había crecido Seb? ¿Le resultaría muy diferente el palacio de verano? También había allí algún tesoro, como en el resto de las residencias que su familia tenía en Europa, pero, sobre todo, era un lugar cómodo y acogedor.

El mayordomo y el ama de llaves los saludaron cariñosamente al llegar. Era evidente que les caía bien Seb. Se preocuparon por sus golpes, pero él les quitó importancia y los saludó como si se tratase de viejos amigos.

Seb pidió que llevaran a Agnesse a una de las habitaciones de invitados a descansar y él desapareció en un salón con el teléfono pegado a la oreja y dando órdenes en francés.

La habitación a la que llevaron a Agnesse era tan imponente como el resto de la casa, y también muy cómoda. Agnesse se sentó en un mullido sofá y agradeció el descanso, a pesar de lo que le había dicho a Seb, estaba floja.

Ella también tenía que hacer una llamada. Debía informar a su madre.

Mathilde Thiset-Toivoren podía ser dura con sus hijos, pero, además de madre, era reina, con todo lo que eso implicaba.

Descolgó el teléfono al segundo tono.

—Agnesse, ¿qué es eso que he oído de que estás con ese terrible hombre en Londres?

Al parecer, a Mathilde no le iba a gustar su futuro yerno.

—He venido a disculparme por las cosas tan horribles que dije de él en Viena.

—Estoy segura de que no dijiste nada que no le hubiesen dicho antes. La verdad.

Agnesse respiró hondo antes de continuar.

—Me ha pedido que me case con él y le he dicho... que sí.

—¿Casarte con ese hombre? —balbució su madre—. ¿Cómo...?

—Mamá, estoy embarazada.

Afortunadamente, el silencio fue muy breve y el siguiente comentario de su madre no contuvo ninguna crítica.

—En ese caso, cariño, será mejor que vuelvas a casa lo antes posible.

Capítulo 8

TENÍA a su futuro marido sentado y en silencio a su lado, con la mirada clavada en la ventanilla del coche, estudiando los alrededores del palacio de verano.

El que iba a ser su nuevo hogar.

Allí le iba a costar hacerse cargo de todo como había hecho en Londres. Habían dejado Mayfair de noche porque Seb había argumentado que Agnesse tenía que estar con su madre por la mañana y antes de que la historia apareciese en todos los medios de comunicación.

Ella se había pasado las tres horas de viaje durmiendo y no sabía lo que había hecho Seb. Cuando lo había visto aparecer veinte minutos antes de aterrizar, parecía tan descansado y tranquilo como antes de despegar.

Agnesse necesitaba desesperadamente saber qué le parecía el que iba a ser su nuevo hogar. Pasaron por el parque con sus árboles centenarios y los ciervos pastando a orillas del lago. Su casa estaba oculta en parte por una bruma que solía ascender del lago al amanecer en los meses de verano y que desaparecería en cuestión de una o dos horas, pero, hasta entonces, solo se veían las plantas superiores, que parecían flotar sobre las nubes. Las paredes amarillas claras y el tejado blanco del palacio brillaban bajo el sol.

—Ellamaa —comentó Seb en voz baja—. Tierra de hadas.

Agnesse sabía que su casa no tenía nada que ver con el palacio en el que él había crecido: una enorme fortaleza construida, principalmente, para preservar la seguridad de sus dueños e intimidar a sus enemigos.

No era como aquel elegante palacio, que había sido creado para impresionar a sus visitantes, sí, pero también para el placer y la comodidad de sus ocupantes, con sus jardines y parques, sus magníficos salones y sus cuarenta dormitorios. Tal vez los von Frohburg de Grimentz fuesen muy

ricos, pero la residencia principal de la reina de Ellamaa era mucho más bonita que la impresionante fortaleza de estos.

A Agnesse siempre le había encantado la llegada a la casa. En mañanas como aquella, le cortaba la respiración.

El coche tomó el camino que los llevaría a la entrada que solo utilizaba la familia. Pasaron por delante del ala este, por los jardines remodelados por su padre, protegidos por una valla para que no los estropearan los ciervos. Un mar de amapolas y margaritas lo cubría todo y Agnesse pensó que a su padre le habría encantado verlo.

Llegaron al final del ala, donde estaba la capilla. Al día siguiente, si Seb lo conseguía, los casaría allí el arzobispo, con Leo y su madre como testigos.

Leo llegaría también al día siguiente, junto con las pertenencias de Sebastien.

Keert los estaba esperando en la entrada. Agnesse hizo las presentaciones. Su secretario se inclinó y después puso gesto de sorpresa al sentir una mano en su hombro mientras los dos hombres se saludaban.

—Su reputación como secretario le precede —comentó Seb sonriendo de oreja a oreja—. Es la envidia de todas las casas reales de Europa.

Keert le dio las gracias.

La siguiente presentación no fue tan sencilla.

La reina viuda los estaba esperando en su salón privado, sentada en un elegante sofá, y se levantó al verlos llegar. Abrazó de manera cariñosa a su hija y Seb recibió una mirada altiva y el ofrecimiento de la punta de un dedo.

—Tú debes de ser Sebastien.

—Majestad —le respondió él, inclinando la cabeza—. Disculpe, señora, pero ¿es eso un Rafael?

Se refería al cuadro que había encima de la chimenea.

La madre de Agnesse clavó la vista en la Madonna.

—Sí. Mi marido me lo regaló en nuestro último aniversario.

Seb estudió el retrato con abierta admiración.

—Es una obra magnífica. Su marido tenía un gusto excelente.

—Sí —admitió Mathilde.

Su mirada se había suavizado al mirar hacia el cuadro. Entonces, se giró y le hizo un gesto a Agnesse para que se sentase en el sofá, a su lado. No invitó a Seb a hacer lo mismo.

—He pedido que venga el médico de la familia. Llegará a última hora de la mañana —dijo, sin importarle que Seb siguiese de pie.

—¿No podríamos esperar uno o dos días? —preguntó Agnesse—. Ya me he hecho yo la prueba de embarazo. Y me parece que está claro.

—Lo sé, cariño...

La reina madre acarició la mejilla de su hija.

—Pero estás planeando dar un paso muy importante. Es mejor que estemos seguros de todo.

—Tu madre tiene razón, Agnesse. Lo más sensato es que los médicos te examinen lo antes posible y que se aseguren de que tanto el bebé como tú estáis bien.

—Exactamente —comentó su madre con el gesto torcido.

Mathilde hizo por fin un ademán para indicar que Seb se podía sentar. Agnesse observó hipnotizada cómo se desabrochaba el botón de la chaqueta y se instalaba en el sofá que tenían enfrente. No obstante, no se dejó engañar por su expresión. Su prometido estaba siendo educado y elegante, pero estaba tenso y convencido de lo que quería. Tal vez su madre hubiese encontrado en él la horma de su zapato.

—El príncipe heredero de Grimentz ha solicitado ser recibido mañana. He aceptado en tu nombre, Agnesse, pero ¿por qué os tenéis que casar tan pronto?

Tomó la mano de su hija y se la acarició.

—Señora —intervino Seb—. No tiene sentido posponerlo. Una boda íntima no se considerará inapropiada durante el periodo de duelo oficial, y cuanto antes nos casemos, mejor, porque antes o después se tendrá que anunciar también el embarazo.

—¿Y es esa la vida que quieres, joven? ¿Estar siempre dos pasos por detrás de mi hija? Porque ese será tu puesto en realidad. Aunque seas el príncipe consorte, no tendrás ningún poder.

Mathilde parecía enfadada, pero Agnesse pensó que no tenían elección. ¿No estaría intentando hacer que Seb cambiase de opinión? Porque eso no era una opción.

—Le aseguro que lo último que quiero es poder. De hecho, no quiero el título.

Mathilde lo miró con sorpresa.

—Pero es lo que se espera de ti.

—Lo siento, tendría que habérselo advertido a Agnesse antes, pero no deseo tener un papel oficial en la casa real. Apoyaré a mi esposa en todo lo que pueda, por supuesto, pero solo como marido, no como consorte.

—En nuestro mundo no hay ninguna diferencia —le respondió la reina madre—. Y si para ti lo hay, será mejor que se lo expliques personalmente al primer ministro, Agnesse. Ha pedido una audiencia contigo. Keert la ha organizado para después de comer.

Agnesse pensó que aquello solo le iba a traer problemas con su primer ministro, que era un hombre conservador y de miras estrechas al que ya no le gustaba que ella fuese reina.

—¿Y sabe que estoy embarazada? —preguntó.

No le apetecía hablar del tema con él.

—Por supuesto que no. No es necesario que lo sepa nadie de momento. Es demasiado pronto. Solo estás de un mes. Cuando llegue el momento dirás que ocurrió durante la luna de miel.

A Agnesse no le convenció la idea.

—Todo el mundo sabe hacer cuentas, mamá. Además, no tengo tiempo para ir de luna de miel —argumentó, repasando mentalmente el trabajo que se le había acumulado durante los dos últimos días.

Su madre miró hacia donde estaba Seb con desaprobación, como si no le sorprendiese que su hija no quisiese pasar tiempo con él.

—Hasta que esté todo arreglado, he pensado que el príncipe puede instalarse en la suite Rosa. Se puede cambiar si no os parece adecuada, ni siquiera sabía si te ibas a alojar aquí.

Seb se puso en pie, se abrochó el botón de la chaqueta y avanzó hacia el sofá en el que estaban ellas.

—Me puede alojar en los establos si quiere, señora —le respondió con los ojos brillantes—, pero le aseguro que me voy a quedar.

Tomó la mano de Agnesse y se la llevó a los labios. Ella se estremeció de deseo.

—Me marchó para que puedas hablar a solas con tu madre, Agnesse. Encontraré a algún criado que me indique dónde están mis habitaciones. Majestades —dijo, terminando con una inclinación y un golpe de talones.

La reina madre frunció el ceño al verlo marchar.

—Entiendo que haya podido seducirte, pero si piensa que se le va a perdonar todo con buenos modales y un par de cumplidos acerca de tu padre, está muy equivocado.

Después de la comida, durante la que Agnesse casi no probó bocado, fue a reunirse con el primer ministro.

Deseó que Seb estuviese allí, pero no había querido.

—Tú puedes sola —le había dicho, dándole un beso en la mejilla—. Y yo iré en cuanto me necesites.

La estaba esperando en el salón de al lado.

Ella oyó que Keert saludaba a su invitado en el pasillo.

Andris Nilsson llevaba una década al frente del gobierno. Ella había tenido catorce años cuando él había ido a palacio para asistir a su primera audiencia con el rey. A pesar del paso de los años, Nilsson seguía sin verla como a una adulta. La trataba con condescendencia e intentaba controlarla.

La puerta se abrió. Él se inclinó, aunque menos de lo que se había inclinado con su padre, y avanzó hacia ella.

—Majestad, está muy bella hoy. Toda una señorita.

«Tengo veinticinco años», quiso replicar Agnesse, pero se contuvo.

—Primer ministro —respondió en su lugar, levantándose para darle la mano.

Él tomó la suya con ambas manos y se la sujetó.

—¿Qué es eso que he oído de unos planes de boda apresurados? Convocaré al gabinete y lo discutiremos la semana que viene.

—Le han informado solo por cortesía —le contestó Agnesse, apartando la mano y volviendo a sentarse, haciéndole un gesto para que tomase asiento él también—. No le estoy pidiendo permiso. No lo necesito.

—Señora, es joven y, perdóneme, bastante inexperta —le dijo él, que seguía de pie.

Agnesse sintió que estaba en desventaja porque tenía que mirar hacia arriba. Sin duda, esa era la intención.

—Debo aconsejarle que sea cauta. Su Alteza, el príncipe Sebastien es, al fin y al cabo, un extranjero.

—De Grimetz. País con el que compartimos una profunda y duradera amistad. Mi padre y el príncipe heredero eran muy amigos.

—Con el debido respeto, no va a casarse con el príncipe heredero.

El primer ministro le dijo aquello sin sonreír, de hecho, su expresión se endureció.

—Su padre le habría desaconsejado esta unión.

—No, no lo habría hecho. Habría confiado en mí. Y conozco bien el protocolo. Solo necesitaría su permiso si fuese a casarme con un ciudadano de un estado enemigo o cuyo estatus fuese superior al mío.

Él se sentó por fin.

—Señora, ya sabe lo que quiero decir —añadió—. La reputación del príncipe Sebastien es un motivo de preocupación. Desearía que se dejase aconsejar por personas mayores y más sabias.

—Y yo desearía que usted reconociese que soy perfectamente capaz de tomar la decisión por mí misma. El príncipe no es como usted piensa. Tiene muchas cualidades que nadie conoce.

Él se echó a reír.

—Seguro que sí. No quería tener que contarle esto, pero hay ciertas imágenes que han salido recientemente a la luz.

Sacó unas fotografías de la carpeta que llevaba en la mano. Eran imágenes bastante borrosas de un callejón y Seb peleando con tres hombres que lo estaban sujetando mientras él intentaba abalanzarse sobre un cuarto. En otra aparecía visiblemente borracho. Y en una tercera parecía tambalearse mientras intentaban meterlo en la parte trasera de un coche.

—Esto fue hace solo un par de noches. Su prometido se vio envuelto en una pelea callejera. Una pelea que empezó él porque estaba ebrio, me cuentan. Me sorprende mucho su comportamiento. ¿Cómo puede pensar un hombre así es la persona adecuada para ser el príncipe consorte de Ellamaa?

—Estoy al corriente del incidente, señor Nilsson. El príncipe me ha explicado las circunstancias del mismo y mi intención sigue siendo la misma.

—¿Va a casarse con un borracho mujeriego? Con todos los respetos, cualquiera diría que ha perdido usted el sentido común, joven.

—Y usted parece haber perdido los modales, señor Nilsson —le respondió ella sin apartar la mirada—. ¿Debo recordarle que soy su reina?

—Discúlpeme, señora —le dijo él, ruborizándose.

—Si bien es cierto que no disculpo su comportamiento, no puedo condenar los motivos. El príncipe estaba defendiendo mi reputación y se arriesgó por ello a pesar de que lo único que había recibido de mí eran insultos. ¿Haría usted lo mismo, primer ministro?

Agnesse había decidido no volver a despreciar a Sebastien von Frohburg.

—Entonces, ¿está decidida a casarse con este... este príncipe pendenciero?

—He encontrado a un hombre al que... amo —le dijo ella, sabiendo que eso era importante—. Y que pienso que va a apoyarme. Como es natural, he escuchado los consejos de mi madre, pero la decisión final va a ser mía.

—¿Y va a permitir que ese tipo se convierta en su consorte?

—Lo cierto es que mi futuro marido no va a asumir el papel de consorte. No tiene interés en mejorar de estatus ni en conseguir poder. Desea mantener su vida privada.

El primer ministro apretó la mandíbula, su gesto era de incredulidad.

—Entonces, ¿qué va a hacer con su tiempo? —inquirió él en tono demasiado alto—. ¿Volver a los líos de faldas?

—Haré lo que Su Majestad me pida que haga.

Agnesse oyó la voz de Seb a sus espaldas.

—Tenía entendido que nuestras conversaciones eran privadas, señora —protestó el primer ministro—. Al menos, así era cuando reinaba su padre.

Ella notó la mano de Seb en su hombro y que se lo apretaba para mostrarle su apoyo.

—¿Y también intentaba manejar y doblegar al rey? Porque he oído desde donde estaba cómo le faltaba al respeto a su reina.

Él otro hombre se sonrojó, pero no contestó.

Agnesse se puso en pie, señalando así el final de la reunión.

—De todos modos, primer ministro, si piensa que lo mejor para Ellamaa es publicar esas fotografías, hágalo —lo retó ella—, pero sepa que eso no me hará cambiar de opinión.

No podía cambiar de opinión porque estaba embarazada de Seb, pero le sorprendió darse cuenta de que, además, pensaba realmente que su prometido era un buen hombre.

El primer ministro miró a Seb y torció el gesto al ver el hematoma que tenía en la cara.

—Bien, Majestad, me ha dejado claras sus intenciones. Solo espero que no lo lamente.

Se inclinó ante ella y ni siquiera miró a Seb antes de darse la media vuelta y salir de allí.

—Tal vez no deberíamos haber actuado como lo hemos hecho —comentó Seb cuando se quedaron a solas.

—Sí, por supuesto que sí. Es un hombre odioso. Piensa que puede mangonearme porque soy joven y mujer. Mi padre no me educó así. Y va siendo hora de que el primer ministro se dé cuenta.

Se sentía bien. Era la primera vez que se había enfrentado realmente a él.

—Gracias por defenderme —le dijo Seb—, pero siento lo de las fotografías.

—Yo no. Por fin me ha demostrado cómo es. No me respeta. No filtrará las fotografías.

—Pero es probable que alguien lo haga y eso va a causarte muchos problemas.

—No me importa. Yo sé cómo eres. Y tú deberías mostrarte también como eres de verdad ante los demás.

—Lo hago —comentó Seb, esbozando una de sus sonrisas.

Ella sabía que no era cierto, que Seb prefería esconderse detrás de su imagen de príncipe rebelde.

Iba a cenar toda la familia junta. Su madre había sugerido que era la oportunidad perfecta para que Isobel y Carl conociesen a su futuro cuñado antes de la boda.

—Parece que los dos estáis decididos a continuar con esto —le había dicho a Agnesse mientras esperaban a que el resto llegase—. Me han dicho que el primer ministro no tenía buena cara cuando se ha marchado esta tarde. Me habría gustado ver cómo le plantabas cara por fin. Aunque he oído que Sebastien también ha intervenido.

—Se suponía que iba a salir a cenar con unos amigos esta noche —entró diciendo Isobel, vestida con unos pantalones vaqueros ajustados y una camiseta—, pero como circulan por Internet unas fotografías tuyas y de Sebastien von Frohburg desnudo, he tenido que quedarme en casa a enterarme de todos los detalles.

—¿Desnudo? —inquirió Mathilde alarmada.

—Sin camisa nada más —le aseguró Agnesse enseguida.

—Yo no lo tengo tan claro —añadió Isobel—. Y yo que pensaba que era la que causaba los escándalos en esta familia...

Se dejó caer al lado de su hermana.

—¿Dónde está? —le preguntó.

—De camino. Pórtate bien, Issy.

—Ya me conoces. Seré encantadora —le aseguró ella en tono inocente.

—¿Como la última vez, cuando me convenciste de que te había roto el corazón?

Ella tuvo el detalle de poner gesto de arrepentimiento.

—Lo siento, Ness. No fui honesta —admitió—. Seb solo había sido amable conmigo y es probable que yo fuese una adolescente caprichosa.

—Y yo le pegué, Issy.

—Lo sé. Y le pegaste muy bien.

—No digas eso. Me siento avergonzada.

—Pero todo ha salido bien, porque vais a casaros —le dijo Isobel, sonriendo de manera angelical—. Cuéntanos. ¿Cuánto tiempo lleváis viéndoos a escondidas?

—Nada. La primera vez fue en Viena.

—¿Y te has quedado embarazada la primera noche? —le preguntó su hermana—. Debería llevar la palabra semental tatuada en la frente.

—Isobel, por favor —la reprendió su madre.

Las tres estaban riendo cuando Seb llegó.

Isobel se puso en pie para saludarlo.

—Siento haberte causado tantos problemas. Sin rencores, y bienvenido a la familia —le dijo, poniéndose de puntillas para darle un beso en la mejilla—. Más te vale portarte bien con mi hermana.

Isobel se disculpó con él y Seb pensó que parecía tener una personalidad muy fuerte.

Aunque no tenía la belleza ni la delicadeza de su hermana mayor, también era muy guapa. Y él ya había decidido perdonarla al ver que parecía adorar a su hermana y que estaban muy unidas. Le había gustado oírla reír al entrar en la habitación.

Aunque cuando Agnesse lo había mirado, Seb había tenido la sensación de que estaban los dos solos. Ella lo había defendido frente a su primer ministro. Aparte de Leo, ¿quién más habría estado dispuesto a hacer algo así? Seb se había sentido conmovido.

Entonces, ella le había pedido que permitiese a los demás ver cómo era en realidad.

Eso no iba a suceder.

El hermano menor asomó la cabeza por la puerta. En muchos otros países, habría sido rey.

Le dio un beso a su madre, abrazó a sus hermanas y se quedó de piedra cuando Seb le tendió la mano.

Se la apretó con firmeza, pero después se quedó en silencio y dejó que fuesen sus hermanas las que llevasen el peso de la conversación. Sobre todo, Isobel, que bombardeó a Seb con preguntas acerca de Grimentz, de Leo, y de su opinión acerca de muchos asuntos.

—Isobel, por favor —la reprendió Agnesse—. Déjalo respirar un poco.

Entonces fue Carl el que pareció encontrar la voz para hacer una pregunta que nadie en aquel salón habría querido oír.

—Entonces, ¿son ciertas todas las historias que se cuentan acerca de tus conquistas?

Seb no iba a responder a semejante pregunta, mucho menos delante de sus futuras esposa y suegra. Así que se limitó a arquear una ceja y tuvo la esperanza de que el joven cambiase de tema de conversación. Por desgracia, Carl se tomó aquello como una afirmación y se golpeó la pierna con fuerza.

—Lo sabía. Eres la bomba.

Mathilde tomó aire y Agnesse enterró el rostro entre las manos y dejó escapar un gemido.

—En cualquier caso, un hombre inteligente siempre sabe cuándo pasar página. Aprendemos, encontramos nuevas lealtades, nuevas alianzas. Y el pasado, pasado está.

El joven se disculpó.

—Gracias por tus palabras, Sebastien —comentó la reina madre, poniéndose en pie—. ¿Vamos a cenar?

Capítulo 9

SI la REINA madre había pretendido insultarlo al adjudicarle aquella habitación, no lo había conseguido. A Seb le pareció muy cómoda y enseguida entendió que su nombre se debía a que tenía vistas al jardín y no a los motivos de su decoración.

Sí era cierto que estaba muy lejos de los aposentos de su prometida y que, para llegar a estos, habría necesitado las indicaciones de algún criado, pero él no había tenido la menor intención de ir a ver a su futura esposa. Estaba embarazada e iba a tener mucho cuidado cuando volviese a tocarla, si volvía a hacerlo.

La cena de la noche anterior había sido sorprendente. Había esperado tensión e incómodos silencios, pero la familia había estado relajada desde el primer momento.

Él había intentado hacer hablar a la reina madre, pero esta había respondido a todos sus intentos de manera forzada. Sería la más difícil de ablandar. Lo que no sabía era que Seb había crecido con aquella indiferencia e incluso en un ambiente de hostilidad. Y eso no lo afectaba.

Lo que le preocupaba era el impacto que pudiese tener en Agnesse.

Él no dudaba de que Mathilde quería a su hija, pero Agnesse era todavía muy joven y hacía poco tiempo que se había convertido en reina. ¿La estaría presionando su madre demasiado sin darse cuenta? Si su futura esposa necesitaba que él la protegiese de su madre, lo haría.

A la mañana siguiente se despertó temprano y paseó por la terraza que había debajo de su habitación. Desde allí, observó el palacio, que era el reflejo de generaciones y generaciones de poder y riqueza. En muchos aspectos, sería fácil adaptarse a vivir en él. Era un lugar mucho más amable que la fortaleza en la que él había crecido.

Sin embargo, tal y como lo había tratado su futura suegra el día anterior, no sabía si iba a sentirse mejor allí de lo que se había sentido con su supuesta familia.

Eso era lo de menos. Tendría que aceptarlo. Sabía cómo comportarse y encontraría el modo de abrirse camino.

Podía continuar trabajando en sus organizaciones benéficas y asistiendo a algunos actos sociales en lugar de Leo.

Había adoptado el papel de hombre mujeriego y hedonista para no tener que probar los límites del afecto que otras personas sentían por él. Había pensado que, si no trataba de ganarse su respeto, no lo decepcionarían.

Volvió a sus habitaciones. Su testigo no tardaría en llegar y faltaban poco más de dos horas para tener que estar en la capilla, esperando la llegada de la novia. Su vida tranquila se había terminado.

El equipo de relaciones públicas de palacio ya había escrito la nota de prensa que anunciaría el matrimonio de la reina. No se hacía mención al embarazo, solo la familia más directa estaba al corriente del mismo. La unión se explicaba como el resultado de un flechazo. Dado que el país todavía estaba de luto, tenían la excusa perfecta para celebrar un enlace íntimo.

Únicamente habían asistido al mismo un fotógrafo y un periodista. Agnesse solo tenía que parecer contenta y fingir que se había casado por amor. Podía mirar a Seb con deseo, eso era sencillo, porque lo deseaba. Quería que este la reconfortase con alguna caricia, una señal de que tal vez tendrían la oportunidad de convertirse en una verdadera familia. Todavía no estaba preparada para renunciar a ese sueño.

La noche anterior, cuando habían estado a punto de despedirse para ir cada uno a su habitación, le había dicho a Seb que podía ir a dormir con ella, pero él se había negado.

—Pienso que deberíamos respetar la tradición y no vernos hasta que nos encontremos en la capilla. Además, lo mejor es que descanses.

Su madre y Dorel habían hecho llegar varios trajes para él y varios vestidos para ella. Agnesse se había decidido por un elegante conjunto de dos piezas en color marfil. La chaqueta era muy ceñida y la falda, recatada, por debajo de la rodilla. Ambas prendas llevaban una puntilla de encaje que le daba un toque nupcial sin ser demasiado ostentoso. Le habían

recogido el pelo en un elegante moño lateral y llevaba también un pequeño sombrero color marfil con velo.

Su madre no estaba contenta.

—Siempre había soñado con el día de tu boda, pero ese hombre nos lo ha arrebatado.

—No me ha dejado embarazada él solo. Yo también estaba allí —le respondió Agnesse—. Él no tiene la culpa.

—Por supuesto que sí. Quiere tener a cualquier mujer bella que conoce. Aunque no esté a su altura.

—Te recuerdo que es príncipe de Grimentz, mamá.

—¿Y quién era su madre? Una secretaria que cazó a un rey incauto. De tal palo, tal astilla.

—¡Mamá! —la reprendió Agnesse.

La reina madre se mostró avergonzada.

—Lo siento. No es el marido que yo habría querido para ti. Me habría gustado que te casases por amor.

Agnesse se tragó el dolor que aquellas palabras le causaban, pero intentó no pensar en ello. Se puso los zapatos, que también eran de color marfil e iban adornados por pequeños cristales Swarovski. Hacían juego con el anillo de diamantes y zafiros que Seb le había regalado durante la cena del día anterior.

Cuando ella lo había mirado con sorpresa, él se había encogido de hombros.

—No tengo muchas posesiones, pero por decisión propia. Nunca he dicho que no fuese rico, lo soy. Lo suficientemente rico como para comprarte todas las joyas que quieras.

Ella no quería ninguna más, aquel anillo era perfecto. Los zafiros eran del color de sus ojos y los diamantes talla baguette que los rodeaban hacían que pareciesen margaritas.

Agnesse tembló al pensar que pronto tendría, además, una alianza en el dedo.

Además del anillo de pedida solo llevaba sus pendientes de perlas y la medalla en honor a su padre. La misma que también llevaría Seb, que iba a entrar a formar parte de su familia y tendría que ponerse de luto por

un hombre al que no había conocido. Solo por un día, toda la familia cambiaría el lazo negro por otro de color gris claro.

Ella sentía que a su padre le habría gustado Seb. El rey habría sido capaz de ver al hombre que había detrás de la fachada, su inteligencia y compasión. Tal vez eso sería suficiente para poder compartir la vida. Respeto mutuo.

Tomó el ramillete de margaritas y reinas de los prados, que habían recogido a petición suya de los campos que rodeaban el mausoleo de su padre. Una abeja, atraída por su néctar, entró por la ventana abierta y se posó en una margarita.

Era un símbolo de buena suerte muy necesario en un día que debería haber estado lleno de celebraciones. Agnesse agarró el brazo de su madre y esta le sonrió. Ambas habrían deseado que su padre estuviese allí para acompañarla hasta el altar.

Le dio un abrazo a su madre y se dirigieron hacia la puerta.

Mientras esperaba en el altar de la pequeña capilla, Seb sintió ganas de salir corriendo.

A sus espaldas, Isobel y Carl susurraban como dos adolescentes nerviosos. El resto de los bancos estaban vacíos. Aquel era un acto meramente formal. No había invitados. Esto hacía que el ambiente fuese todavía más íntimo, lo que incomodaba a Seb. Leo debió de darse cuenta de que estaba nervioso y apoyó una mano en su hombro.

Se podía acceder a la capilla desde el interior del palacio, pero su futura esposa había decidido entrar desde la calle, donde hacía sol. Y detrás de Seb, en la parte trasera de la capilla, las enormes puertas de roble estaban abiertas a los prados del difunto rey.

El arzobispo se aclaró la garganta y Seb se giró. Oyó que Leo había tomado aire.

Él sintió que no podía respirar.

Vio la silueta de la novia en la puerta, esperando a que Isobel y Carl se colocasen detrás de ella. Entonces, avanzó del brazo de su madre.

Su belleza era sobrenatural. Y estaba esperando un hijo suyo.

A Seb se le secó la boca. ¿Cómo iba a proteger a una criatura tan etérea si era solo un hombre con pies de barro? Sintió pánico en aquel momento.

Llevaba puesto un vestido bastante recatado, pero solo en apariencia, ya que enfatizaba sus curvas y hacía que a él le ardiese la sangre en las venas.

Tenía el corazón acelerado cuando Agnesse llegó a su lado y Mathilde se la entregó simbólicamente. El velo que le cubría el rostro le impidió verle los ojos. Quiso apartárselo y ver su expresión, asegurarse de que era real.

Por supuesto que era real, le temblaban los dedos.

¿O el temblor era de él?

No había esperado sentirse conmovido. No podía permitírselo. No serviría de nada. Ella necesitaba a un hombre fuerte, no a un loco desesperado.

Ambos se giraron hacia el altar y cuando la ceremonia hubo terminado, Seb agarró la mano de su esposa y la guio hacia la luz del sol.

Las fotografías, igual que el servicio, se hicieron para cubrir el expediente. Las pasarían a la prensa esa tarde. También se había organizado una entrevista después del desayuno para que la pareja pudiese anunciar su unión al mundo.

Seb se dio cuenta de lo pálida que estaba la novia y cómo se aferraba a su brazo, y supo que la entrevista la tendría que dar él. No iban a anunciar el embarazo de Agnesse todavía, esperarían por lo menos dos meses más, después de la primera ecografía.

Se había casado e iba a ser padre. Sus peores miedos, sus mayores pesadillas, hechos realidad.

Entonces, Seb vio que fuera los esperaba el personal que trabajaba en palacio, formando una improvisada guardia de honor para cuando entrasen. Él estaba acostumbrado a ser el centro de atención, pero aquello era diferente.

Aceptase o no el título de consorte, allí, en el mundo íntimo del palacio de verano, era su príncipe, el marido de la reina y, aunque todavía no lo sabían, el padre de su heredero al trono. No estaba acostumbrado a que lo mirasen con admiración. ¿Qué ocurriría cuando se diesen cuenta de que no la merecía?

Agnesse sonrió y se detuvo a hablar con la cocinera y sus ayudantes, gastó una broma al jardinero y aceptó sus buenos deseos mientras él se quedaba un paso por detrás.

A sus espaldas oyó a Mathilde y a Leo cumpliendo con su deber, lo mismo que Isobel y Carl.

Una joven doncella se inclinó ante él.

—Enhorabuena, señor, bienvenido a Ellamaa.

Él murmuró algo ininteligible. Dudó que hubiese sido educado. Agnesse comentó que ambos estaban muy nerviosos, lo que despertó risas, salvó la situación, y continuaron avanzando.

Seb estaba experimentando emociones que no sabía cómo gestionar. Estaba sintiendo cosas que no había esperado sentir. Por Agnesse, por su bebé. Por los habitantes de Ellamaa. El deseo de ser lo que necesitaban de él. Su padre se habría reído en su cara si hubiese oído aquello.

Agnesse le había dicho que tenía que permitir que los demás viesen cómo era en realidad.

Imposible.

—Venga, hermano, date prisa. Estamos muertos de hambre.

Isobel y Carl lo adelantaron, subieron las escaleras corriendo y entraron en el palacio, desapareciendo de la vista. Eso era precisamente lo que quería hacer él en esos momentos.

Tal vez pudiese hacerlo. Si apartaba a aquella criatura atrofiada en la que se había convertido y volvía a ser el viejo Seb.

El personal de palacio empezó a dispersarse para volver a sus obligaciones. El fotógrafo estaba preparado, tomando fotografías.

Seb tomó la mano de Agnesse y se la llevó a los labios.

—Estás preciosa, ma chérie.

Necesitaba volver a esconderse detrás de aquella máscara. Le había prometido que la protegería y que protegería a su hijo, nada más.

Posó para las fotografías, miró a su esposa a los ojos, la besó y sintió cómo temblaban sus labios, pero en cuanto les tomaron la fotografía, se apartó. Se convenció de que no sentía nada. Era solo la emoción de aquel día.

Después sonrió a su nueva familia. Charló con el arzobispo y con su suegra. Comió las delicias que les habían preparado para el desayuno, bebió champán y aguantó las bromas de sus cuñados. Hizo todo lo que se esperaba de él.

Una hora después, Leo tenía que marcharse.

—¿Me acompañas al coche? —le preguntó su primo.

Atravesaron juntos el jardín para dirigirse hacia la limusina que lo estaba esperando.

—Muy conmovedor a la par que sencillo.

Seb no respondió.

—Y muy cariñoso el personal de palacio, pero es que los ciudadanos de Ellamaa siempre han querido mucho a su familia real.

Seb dejó escapar un gruñido.

Leo se detuvo junto a una rosaleta y se inclinó a oler una flor.

—Deliciosa. Son unos jardines muy agradables —comentó—. Lo mismo que el palacio. Hay lugares bastante peores.

En esos momentos, a Seb no se le ocurrían muchos. Tanta emoción, tanto cariño, lo asustaban y se sentía atrapado.

—Tal vez tu suegra sea la más dura de roer, pero estoy seguro de que sabrás ganártela —comentó Leo sonriendo—. Antes o después se dará cuenta de que eres muy buen partido.

—Venga, suelta ya lo que estás intentando decirme y déjate de tonterías —espetó Seb a su primo.

Leo lo miró fijamente, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Solo que pienso que has elegido bien. Podría ser una buena vida, si te abres a ella.

—Haré lo mismo que he hecho siempre en Grimentz, cumplir con mi deber. No puedo hacer más. Y tú deberías conocer el motivo mejor que nadie.

—Solo estoy diciendo que tal vez sea el momento de probar otra cosa —añadió Leo.

—No.

—Agnesse siente algo por ti. Lo sabes, ¿verdad? —continuó su primo.

Seb sintió que le faltaba el aire.

—Si es cierto, lo siento mucho. Ya me conoces, no la puedo corresponder.

Había crecido sin afecto, ¿cómo iba a saber darlo él?

Leo siguió mirándolo a los ojos.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

Seb sí que lo estaba.

Mientras Leo se alejaba en el coche, Seb pensó que no podía estar más seguro de nada en su vida.

Y su supervivencia dependía de ello.

Capítulo 10

LE voy a ser sincero, señora. Tengo que admitir que el príncipe me ha sorprendido.

Aquella era la segunda copa de champán que se tomaba el arzobispo mientras Agnesse fingía beberse la primera. Rechazarla habría levantado sospechas después de haberse empeñado en organizar una boda tan deprisa.

—No esperaba a un joven tan serio —continuó—. Me ha preguntado por organizaciones benéficas de ayuda a enfermos mentales. Me ha sometido a un minucioso interrogatorio, menos mal que yo tenía toda la información. Lo he visto tan interesado por el tema que le he dicho que voy a presentarle a varias personas.

Agnesse sintió que se le henchía el corazón. Seb, su marido, término al que tendría que acostumbrarse, era un buen hombre y ella se alegraba de que los demás también empezasen a reconocerlo.

Por desgracia, su madre todavía no había llegado a aquel punto.

—Me alegra que quiera hacer algo útil con su tiempo. ¿Le ha contado que no quiere el título de consorte?

El arzobispo asintió.

—Lo ha mencionado, sí.

La reina madre resopló, molesta.

—Tal vez deberíamos haber pensado en eso antes de... de aceptar la propuesta de matrimonio —comentó, mirando con desprecio hacia la puerta por la que Seb acababa de volver al salón.

Agnesse sintió que se le encogía el pecho. No quería tener que elegir entre su madre y su marido, pero, si se daba el caso, tendría que ponerse de parte de Seb.

Sintió náuseas de repente y decidió que necesitaba descansar. Mientras se acercaba a ella, el gesto de Seb le indicó que era consciente de su malestar, su mirada era de preocupación.

—Majestades, Excelencia —dijo, tomando la mano de Agnesse—. La novia parece cansada. Si nos perdonan, pienso que debería reposar.

—Por supuesto —respondió el arzobispo, despidiéndose.

Seb se disponía a llevarse a su esposa cuando la madre de esta lo retuvo.

—Necesito hablar un momento contigo, Sebastien —le dijo.

—Por supuesto —respondió él.

Los tres salieron del salón en un incómodo silencio y se dirigieron a las habitaciones de Agnesse.

—Quería darte esto —anunció la reina madre nada más entrar.

Agnesse supo que no se trataba de un regalo de bodas.

—Como has decidido no aceptar ningún título... —continuó Mathilde en tono crítico—. He pensado que es importante establecer algunas normas, Sebastien. He hecho que redacten los protocolos de palacio para que sepas el comportamiento que se espera de ti. No tengo ni idea de qué normas tenéis en Grimentz, pero aquí solo te dirigirás a mi hija como señora o Majestad cuando estéis en público.

Agnesse se dejó caer en un sillón. No podía soportar aquello. Le daba igual el protocolo, Seb y ella eran iguales.

—Gracias, Majestad —contestó Seb, metiéndose el sobre en un bolsillo sin tan siquiera mirarlo—. Estoy convencido de que no deshonraré al palacio. Le aseguro que he sido rigurosamente instruido en las sutilezas jerárquicas y de comportamiento en la corte.

Agnesse se dio cuenta de que su tono era amargo y recordó que Seb había comentado que no había tenido una niñez fácil.

—Ahora, si nos disculpa. A mi esposa y a mí nos gustaría pasar algo de tiempo a solas.

Su madre se quedó boquiabierta y Agnesse pensó por un momento que iba a negarse a marcharse de allí, pero tal vez fue la mirada implacable de su yerno lo que la convenció de que aquella era una batalla que no podía ganar.

Estaba saliendo por la puerta cuando Seb añadió:

—A partir de ahora, le pido que respete nuestra privacidad y que solo entre en nuestra habitación cuando sea invitada.

—Agnesse es mi hija —replicó ella.

—Pero ahora está casada. Las circunstancias han cambiado y sus expectativas deben hacerlo también. Qué tenga un buen día, Majestad.

Seb cerró la puerta ante la evidente sorpresa de la reina madre y Agnesse suspiró aliviada, aunque supiese que, en el fondo, las intenciones de su madre eran buenas.

En un rincón había un carrito con bebidas y Seb se acercó a él y volvió con un vaso para Agnesse.

—Agua sin gas, con un cubito de hielo y una rodaja de lima.

Ella lo miró sorprendida.

—Presto atención.

Agnesse aceptó el vaso. Las náuseas habían empezado a disminuir.

—Mi madre me quiere y solo me desea lo mejor.

—Pero ahora mismo solo ve que te has casado con un hombre con un pasado escandaloso. No era lo que esperaba, pero dale tiempo, se acostumbrará.

—Nunca ha sido así, pero desde que llegué al trono, se ha vuelto muy exigente y crítica. Sé que todavía está llorando la pérdida de mi padre y que solo quiere que yo tenga éxito.

—¿Le has contado que sufres ataques de ansiedad?

Agnesse negó con la cabeza.

—Tal vez deberías hacerlo. Imagino que siempre apoyó a tu padre y que sabe lo que significa ser rey. Podría ayudarte.

—No quiero preocuparla. Tengo que ser fuerte, soy la reina.

Él tomó su barbilla y la obligó a mirarlo.

—¿Y cuándo ha sido la última vez que ha comido la reina?

—Anoche. Esta mañana no he conseguido probar bocado.

—¿Por las náuseas?

Ella sonrió.

—Por los nervios, supongo.

—En ese caso, tienes que comer.

Seb llamó a Dorel y pidió que le llevaran una bandeja con comida.

Agnesse observó a su marido: los hombros anchos, las piernas largas, la mandíbula fuerte con un pequeño moratón en ella, y la sensual boca.

No quería comida, lo quería a él.

—Estás colorada —comentó Seb al volver a su lado, apoyando la mano en su frente—. ¿Quieres acostarte?

«Sí, contigo encima y ambos desnudos», pensó Agnesse.

Pero en su lugar fue al cuarto de baño a lavarse la cara con agua fría. Entonces, se dio cuenta de que habían dejado allí varios artículos de aseo masculinos.

Volvió al salón, donde Seb se había sentado en el sofá y estaba leyendo la lista que le había dado su suegra.

—¿Qué es esto?

Él levantó la vista.

—Espuma de afeitar —respondió—. De mi marca favorita. Toma nota, si quieres hacerme algún regalo por mi cumpleaños o en Navidad.

—¿Y qué hace en mi cuarto de baño?

—Nuestro cuarto de baño.

—¿Vas a mudarte a mis habitaciones, no vas a quedarte en las tuyas?

—Mi deber es estar aquí —le respondió él.

Entonces llegó la comida y Agnesse no pudo contradecirlo. Seb la obligó a sentarse a comer y no se separó de su lado hasta que hubo probado un poco de todo. Entonces, le preguntó si quería tumbarse a descansar.

—No estoy cansada. Tal vez podríamos aprovechar el tiempo para conocernos un poco mejor.

—Sí, por supuesto —respondió él con cautela.

—El arzobispo me ha contado que has preguntado por organizaciones benéficas relacionadas con la salud mental.

Seb apretó la mandíbula y asintió.

—Sí. Me parece que es una causa importante, que hay que apoyar.

—¿Y apoyas muchas causas importantes?

Él tardó en responder y Agnesse se temió que no fuese a hacerlo. No parecía dispuesto a abrirse, pero se sentó a su lado en el sofá.

—Dono a buenas causas una cantidad considerable todos los años.

—¿Considerable? —repitió ella.

—Cientos de millones.

—¿De tu asignación?

—No exactamente. Consigo el dinero invirtiendo y luego dono los beneficios a organizaciones sin ánimo de lucro.

—¿Quieres decir que tienes a alguien que gestiona tus inversiones?

—Tengo un pequeño equipo, pero siempre investigo las organizaciones yo. Es mi trabajo, Agnesse. Es a lo que dedico el tiempo.

Agnesse se quedó impresionada al oír aquello y pensó que la reacción de su madre sería la misma.

—¿Y cuánto tiempo llevas haciéndolo?

—Empecé cuando tenía dieciséis años.

—¿Dieciséis? Si eras solo un niño.

—Era lo suficientemente mayor para saber que tenía que hacer algo con mi vida.

Agnesse sintió que no le estaba contando toda la verdad.

—Querías ser económicamente independiente —adivinó.

—Sí. Quería ser independiente, pero no he podido apartarme de Leo, que siempre ha sido como un hermano para mí. Se lo debo.

—¿Tan horribles son los von Frohburg? —le preguntó ella.

—Leo y Max, no, pero el resto, sí. Me odian porque mi madre no era uno de ellos.

—¿Me hablarás algún día de ella?

—No llegué a conocerla. Falleció en el parto.

Agnesse deseó tomar su mano, pero pensó que él no quería que lo hiciera.

—Tengo una fotografía —añadió Seb, sacando su teléfono y buscando entre las imágenes.

Se la enseñó.

—Cuando mi padre murió, encontraron dos fotografías entre sus pertenencias. Esta es una de ellas.

Era una mujer joven, sonriente y muy embarazada, sentada frente a un piano.

—Fabienne Bonfils. Mi madre —dijo él.

—Era muy guapa. Y parece feliz. Y joven.

—Era más joven de lo que eres tú cuando murió —comentó Seb en tono compungido.

Agnesse pensó que ese podía ser el motivo por el que parecía tan preocupado por ella.

—Has dicho que encontraron dos fotografías.

Él dudó antes de buscar la segunda. En ella volvía a aparecer Fabienne, pero en esa ocasión acompañada de un hombre.

—Son tus padres.

Fabienne sonreía, sentada sobre las piernas del príncipe Georg, mirándolo con amor. Él tenía apoyada una mano en su vientre.

—Es una fotografía preciosa, pero me parece que no querías enseñármela, ¿verdad?

Él se pasó una mano por el rostro.

—Tengo una relación complicada con ella —admitió por fin—. La primera esposa de mi padre procedía de una de las mejores familias de Europa y le proporcionó riqueza y contactos. Sin embargo, Fabienne era su secretaria. Solo tenía una cara bonita y amor por mi padre. Para él, debió de ser toda una revelación. Su primer matrimonio no había sido feliz. Mi hermanastro todavía recuerda sus constantes peleas. Cuando tomaron esta fotografía mi padre llevaba dos años divorciado de su primera mujer. Había sido un divorcio muy duro y mi padre no había tenido el apoyo de su familia. Entonces llegó mi madre para iluminar su vida.

—Parece que fueron muy felices juntos —comentó.

—La familia de mi padre odió a mi madre desde el primer momento, así que, después de la boda, mis padres se marcharon a Francia. Entonces, mi madre falleció y mi padre volvió a Grimentz. Yo crecí allí con Leo y Max.

—¿Te hablaba tu padre de ella?

Él dejó escapar una amarga carcajada.

—Mi padre casi no me hablaba. No tengo más que decir. Lo poco que sé de mi madre, son deducciones mías. Ella tampoco tenía familia, no había nadie que pudiese contarme más.

Agnesse pensó en la suerte que tenía. Su madre, aunque no fuese perfecta, la quería. Y su padre la había querido también. Empezó a comprender lo que Seb había perdido, lo que no había tenido nunca. Una familia. Por eso le costaba tanto mirar aquella fotografía de sus padres.

—Pienso que no pudo perdonarme nunca. El resto de la familia, tampoco. Yo tenía la sensación de que no soportaba mirarme. Se quedó destrozado cuando perdió a mi madre y veía en mí el motivo de esa pérdida.

Entonces, Seb cambió de tono de voz.

—Pero ya vale de historias tristes por hoy. Es el día de nuestra boda. ¿Quieres que te hable de los proyectos en los que he invertido?

Seb no solía hablar de su vida con nadie, pero hacerlo con Agnesse, ver cómo sonreía esta ante la imagen de su madre, le había proporcionado cierto consuelo.

También le había hecho darse cuenta de que tenía que compartir más. Quería que su esposa supiese que no se había casado con un hombre vago y derrochador.

Así que hablaron y ella empezó a relajarse. Y así fueron pasando las horas y llegó la noche.

Él se había quitado la chaqueta y la corbata. Ella se había quitado la chaqueta también y se había quedado con una camisola de seda que dejaba poco a la imaginación. Aunque Seb no necesitaba imaginarse nada, tenía la imagen de sus pechos perfectos grabada en su mente desde la noche de Viena. Agnesse había ido acercándose a él y en esos momentos estaba apoyada en su pecho para poder ver las imágenes que él le mostraba en su teléfono móvil.

—¿Qué es esto?

—Una panadería artesanal. Es una de mis últimas inversiones.

—La prensa del corazón no tiene ni idea —comentó ella, echándose a reír—. No tienes nada que ver con el hombre que dicen que eres.

—Hay cierta verdad —le respondió él con los ojos brillantes.

Ella le sonrió y Seb sintió ganas de besarla, pero pensó en su propia madre. Todavía más joven que Agnesse, embarazada y llena de esperanza.

Su muerte había destrozado tres vidas. Y a él le aterraba perder a alguien que le importase.

Apartó aquello de su mente. No era el momento.

Agnesse se quedó dormida apoyada en su hombro. Y él pensó que le vendría bien hablar con su madre de los ataques de ansiedad. Aunque él no tuviese la esperanza de que su suegra lo aceptase de un día para otro, sabía que apoyaba incondicionalmente a Agnesse.

Volvió a buscar la fotografía de su propia madre.

Agnesse había dicho que parecía feliz y él siempre lo había pensado también, lo que lo había reconfortado a pesar de todo lo demás.

Oyó suspirar a su esposa y sintió que se le encogía el corazón solo de pensar que pudiese ocurrirle algo. No sabía qué tenía que la hacía tan especial. Tal vez, que era fácil hablar con ella, o sus ojos azules que parecían ver en él al hombre que había en su interior.

Se había hecho y Agnesse necesitaba descansar, así que la tomó en brazos y la llevó al dormitorio. Le quitó la falda y la acostó, haciendo un esfuerzo por no pasar los dedos por su sedoso pelo dorado. Le dejó puestas la camisola y la ropa interior.

Y se prometió que no la iba a tocar.

La tapó y ella se tumbó de lado y siguió durmiendo profundamente.

Él salió en silencio hacia su vestidor.

Seb se despertó poco a poco, con una inesperada sensación de bienestar.

Se dio cuenta de que Agnesse estaba entre sus brazos. O, más bien, que ambos estaban abrazados y con las piernas entrelazadas.

Se volvió a dormir y cuando despertó estaba solo. Oyó ruido en el cuarto de baño. Agnesse estaba vomitando.

—Márchate —le pidió cuando él se acercó a la puerta.

Seb entró, le sujetó el pelo y le frotó suavemente la espalda hasta que la vio incorporarse.

—¿Estás mejor?

—Por ahora, sí.

Él humedeció una toalla y se la tendió.

—¿Cuántas veces vas a tener que rescatarme del suelo del cuarto de baño?

—Es lo que firmé ayer. Para lo bueno y para lo malo, ¿recuerdas?

—Supongo que no esperabas que hubiese tanto malo nada más empezar el matrimonio. Menuda luna de miel.

Estaba despeinada, pero muy guapa, y Seb se lo dijo.

Ella resopló y lo miró como si se hubiese vuelto loco.

Seb la ayudó a incorporarse.

—Pensé que no íbamos a tener luna de miel —le dijo.

—Total, para pasarme todo el día vomitando...

—Es lo normal, ¿no? Tal vez deberíamos hablar con el médico, para estar seguros.

—Es normal, no te preocupes. Me encontraré mejor cuando me dé una ducha y tome un café. Dame quince minutos para arreglarme un poco. Porque yo no me siento nada guapa. Gracias por el piropo, por cierto.

Cuando Agnesse salió de la ducha no encontró su habitual cafetera preparada, sino una mesa para dos junto a la soleada ventana. Seb ya estaba sentado a ella.

No había café, solo té y tostadas de pan de molde blanco con los bordes perfectamente quitados.

—Yo no he pedido esto.

—No, lo he pedido yo —le respondió Seb en tono afable—. Tengo entendido que el desayuno ayuda con las náuseas.

—Pero yo lo que quiero es un café. No desayuno nunca.

—Dado que estás embarazada, ¿qué tal si empiezas a hacerlo a partir de ahora?

Seb estaba impresionante, ataviado solo con los pantalones azul marino de pijama y el torso desnudo bañado por la luz del sol. «¿Y si te como a ti?», pensó ella.

Después de la conversación del día anterior, entendía a su marido un poco mejor. Su valentía y determinación a la hora de forjarse su propia vida y ayudar a los demás eran extraordinarias y muy conmovedoras.

Agnesse podría haberse pasado toda la noche charlando con él, pero se había quedado dormida. Tal vez fuese también por el embarazo. Volvió a sentir náuseas.

No recordaba haberse ido a la cama ni, mucho menos, haberse quitado la falda. Se había despertado en ropa interior, abrazada a Seb. Debía haberse disculpado, ya que él le había dejado claro que no quería eso de ella.

La noche anterior no había intentado besarla. Habían dormido juntos, pero no la había tocado.

Estaba allí porque era su deber. Nada más. Y Agnesse pensó que no se le debía olvidar.

En esos momentos, le hizo un gesto para que se sentase a su lado.

—Agnesse, necesitas comer algo. Por favor.

Ella obedeció y ocupó la silla vacía. Si hubiesen estado realmente de luna de miel se habría sentado en su regazo y le habría dado a comer la tostada a él.

Suspiró con frustración, tomó la tostada y dio un pequeño mordisco. Sorprendentemente, su estómago no protestó. Volvió a morder.

Seb sirvió una tisana y se la acercó también.

—Es té de jengibre. Lo recomiendan para las náuseas matutinas.

—Te has convertido en todo un experto en el tema —comentó ella, dándole un sorbo mientras Seb la observaba—. ¿Contento?

Él esbozó una sonrisa.

—Lo estaré cuando te hayas terminado esa taza y las dos tostadas.

—¿Las dos?

—No es tanto, Agnesse. Vamos a ver si funciona, ¿de acuerdo?

—Me he casado con un tirano —murmuró ella—. Eso es suficiente para pedir la nulidad. No sé si llamar a mis abogados.

—Hazlo, por favor —le dijo él sin inmutarse—, pero cuando hayas terminado de desayunar. Y si sigues tan alegre toda la mañana, tal vez sea yo quien llame a los míos.

—Hazlo —le contestó ella, empezando a comer la segunda tostada.

Lo cierto era que se sentía mejor, tal vez fuese cierto que el té de jengibre y las tostadas funcionaban y le conmovió que Seb hubiese hecho aquel esfuerzo por ella.

Todavía le sorprendía más después de la conversación del día anterior y de haber empezado a ver al hombre que era realmente su marido.

Capítulo 11

PASARON los días y se acostumbraron a una rutina en la que Agnesse pudo imaginarse cómo sería tener una relación amorosa con su marido.

Este la cuidaba y también había momentos en los que dejaba ver al verdadero Seb: vulnerable, dolido, comprensivo.

Pero todavía quería conocerlo más.

Siempre desayunaban juntos y Seb también solía cenar con la familia, pero, a parte de un casto beso de buenas noches, casi no la tocaba. Agnesse cada vez sentía más frustración y más dolor. ¿Era posible que no la desease nada?

Si no podía tener con él la relación que deseaba, sí podía seguir siendo la mejor reina posible.

Se reunió con ministros, inauguró hospitales, descubrió placas conmemorativas, asistió a desfiles militares, y Seb nunca la acompañó. Solo fue con ella a actos menos formales, a visitar organizaciones benéficas, por ejemplo. En esas ocasiones, Seb mostró interés, demostró lo que sabía del tema y conquistó a todo el mundo.

Su marido era encantador. Él era así, aunque no lo intentase.

Sus modales eran exquisitos y las sonrisas y miradas que le dedicaba a ella siempre le hacían sentir calor en el vientre, pero había más. Había en él, si se le observaba bien, una sutil vulnerabilidad. Una cautela y una fragilidad que parecía no tener completamente bajo control. En ocasiones, cuando pensaba que nadie lo miraba, se abatía y era como si un oso herido hubiese entrado en su casa y estuviese buscando una salida.

Seb se movía por el palacio como si no le importase a quién pertenecía. Todo el personal lo apreciaba y estaba ansioso por complacerlo. No obstante, nadie tenía toda su atención, salvo ella.

En ocasiones hacía una prueba y se llevaba una mano a la frente, suspirando suavemente. Y aunque Seb pareciese estar conversando con alguien en la otra punta de la habitación, un momento después estaba a su lado, mirándola con preocupación.

A Agnesse aquellas atenciones le resultaban irresistibles. Cada vez se sentía más cautivada por él.

Una mañana tuvo la valentía de tomar su rostro con ambas manos y preguntarle directamente por qué se escondía detrás de aquella máscara. Él se cerró al instante, le dio un beso y le dijo que eran todo imaginaciones suyas. ¿Por qué pensaba Agnesse que necesitaba una máscara?

«Dímelo tú», quiso responderle ella, pero no tuvo el valor. ¿Y si descubría que lo que le estaba ocultando era que no era tan importante para él?

Entonces, le rompería en mil pedazos el corazón y una reina no podía tener el corazón roto, necesitaba estar tranquila y lúcida.

Solo podía refugiarse en el trabajo. Y eso fue lo que hizo.

La reunión había ido bien y Agnesse había conseguido fondos para una de las organizaciones benéficas a las que su padre había apoyado. Miles de jóvenes de zonas deprimidas pronto tendrían la oportunidad de vivir en el campo, en una residencia nueva. Y estaba deseando contárselo a Seb. La noche anterior había practicado su discurso con él, que la había ayudado a memorizarlo.

Al entrar en sus habitaciones oyó música. Alguien estaba tocando el piano de su padre por primera vez desde la muerte de este. Tal vez lo estuviesen afinando, pero Keert no la había avisado. No reconoció la pieza y fue hacia el salón. La puerta estaba entreabierta, se asomó.

Su marido estaba sentado al piano. ¿También sabía hacer aquello bien? Por si acaso ella necesitaba otra razón más para adorarlo.

Debió de hacer algún ruido, porque Seb se giró a mirarla. Y dejó de tocar.

—Hola —la saludó, sonriendo.

—Hola —le respondió ella, entrando.

—¿Qué tal la reunión?

—He conseguido la financiación.

—Buena chica —le dijo, volviendo a sonreír—. Sabía que podías hacerlo.

—¿Qué estabas tocando? Me ha gustado, pero no lo he reconocido.

Se acercó y le dio un beso. Tal vez no tuviesen sexo, pero Seb nunca rechazaba sus besos.

Se fijó en que no había ninguna partitura. Seb debía de conocer aquella obra de memoria.

—Creo que solía tocarlo mi madre. Encontraron las partituras con las fotografías que guardaba mi padre. Yo no lo había escuchado antes, pero cuando empecé a tocar, me resultó familiar. No sé si es posible que lo recordase...

—De cuando tu madre estaba embarazada —terminó Agnesse por él al ver que Seb no podía hacerlo.

—Sí.

Había nostalgia en la breve respuesta. El deseo de encontrar algo de su madre, una conexión con ella. A Agnesse le dio pena. Se sentó a su lado y se llevó las manos al vientre.

—Tal vez nuestro hijo también quiera escucharlo. ¿Puedes volver a tocar?

Seb tomó su mano, le dio un beso en la palma y luego se la devolvió al abdomen. Agnesse pensó que aquel hombre sabía cómo hacer que una mujer se derritiera.

Seb empezó a tocar. Era una obra alegre y dulce, y él la tocaba muy bien. Agnesse se apoyó contra su hombro, hipnotizada por el movimiento de sus dedos y conmovida por la tristeza de su historia.

Cuando Seb terminó, ella tomó su rostro con ambas manos y lo besó.

—Me ha encantado. Tocas muy bien.

—Leo, Max y yo recibimos clases de piano de niños. Yo fui el único al que le gustó. Cuando vi la fotografía de mi madre, entendí el motivo.

Agnesse lo vio tan perdido por un momento que volvió a darle un beso. En esa ocasión, notó algo diferente en él, una intensidad que no había sentido desde que habían llegado allí.

Gimió. Había deseado tanto aquello...

Él bajó los labios por su cuello, pero eso tampoco fue suficiente. Le desabrochó un botón de la blusa y después otro, y otro. Agnesse sintió su

aliento caliente en la piel mientras Seb llevaba las manos a su espalda para desabrocharle el sujetador.

Entonces, se pusieron de pie, tambaleándose, y Seb la apoyó en un lateral del piano.

Ella aprovechó para desabrocharle la camisa y pasó las manos por su pecho. Él gimió y a ella le gustó oírlo. Sin romper el contacto visual, retrocedió y se puso de rodillas, le desabrochó el pantalón y lo acarició con la boca. Seb volvió a gemir.

Agnesse rodeó su erección con la boca y sonrió al notar que Seb se estremecía. Lo vio echar la cabeza hacia atrás y aferrarse al borde del piano. Le costaba respirar. A ella le gustó oír aquello casi más que la música que había oído unos minutos antes.

Ella. La antigua Reina de Hielo. Se sentía liberada en esos momentos.

—Agnesse, para —le pidió él en un susurro—. No voy a poder...

«Por supuesto que sí», pensó ella, acariciándolo con la mano, sin parar ni un instante hasta que notó que se vaciaba en su boca.

—Agnesse —gimió Seb cuando por fin recuperó el habla.

Ella se sintió poderosa, le encantó verlo así. Solo tenía un problema, que iba a necesitar su ayuda para incorporarse.

Se echó a reír y le tendió la mano para que la ayudase. Ya estaba hecho, pero, de repente, se preguntó si lo había hecho bien.

Él la besó.

—Deja de darle vueltas. Me ha gustado —le dijo, sonriendo—. ¿Quieres que te haga yo lo mismo?

La tomó en brazos y la llevó hasta uno de los sofás. La desnudó y se desnudó él también, la tumbó y estudió su cuerpo con devoción.

—¿Sabes lo bella que eres, chérie? —le preguntó, apoyando los labios justo debajo de su oreja.

A Agnesse se le puso la piel de gallina y él pasó la mano por su escote y después inclinó la cabeza y le besó los pechos hasta conseguir que se irguiesen. Pasó la lengua por ellos y sopló después. Agnesse gimió. Él bajó más.

—No mires, pequeño —murmuró frente al vientre, todavía plano—. Tu papá va a hacerle algunas travesuras a tu bella madre.

Agnesse se retorció de placer mientras él seguía bajando hacia su sexo. La acarició con la lengua hasta que ella sintió que no podía más.

—Todavía tengo los zapatos puestos —murmuró.

—Una de mis fantasías era hacerte esto con los zapatos de tacón puestos —admitió Seb.

Después, se colocó encima de ella y la penetró. Empezó a moverse despacio, con cuidado, hasta que notó que temblaba entre sus brazos. Ambos llegaron al orgasmo a la vez y la experiencia superó todas las expectativas de Agnesse.

Después, Seb la abrazó. Se quedaron con las piernas entrelazadas y él le acarició el pelo.

—Sé que no te presto la atención adecuada —admitió—, pero tenía miedo de haceros daño al bebé o a ti.

—El bebé todavía no ha alcanzado el tamaño de un cacahuete. Y las mujeres embarazadas pueden tener sexo. De hecho, a algunas nos apetece todo el tiempo. Él se echó a reír.

—En ese caso, en el futuro intentaré cumplir.

—Mis hormonas te lo agradecerán —admitió ella.

—Vamos a refrescarnos y a cenar, ¿te parece? —le propuso Seb.

Se vistieron y salieron agarrados de la mano, y Agnesse tuvo la sensación de estar flotando el resto de la velada.

Desde la terraza, Agnesse vio a Carl charlando con su marido. Lo hacían con frecuencia y su hermano parecía apreciar la presencia de otro hombre en la familia. Isobel también parecía encantada con poder bromear con Seb e incluso su madre se estaba ablandando y le buscaba partituras para que tocara el piano. Toda su familia lo había aceptado.

Y luego estaba el maravilloso sexo que tenían juntos. En ocasiones, Agnesse tenía incluso la sensación de que Seb estaba empezando a sentir algo por ella.

No había vuelto a tener ataques de ansiedad y manejaba como podía todo el trabajo. Aunque la ayuda de un consorte le habría venido muy bien, sabía que no podía tenerlo todo.

Apoyó una mano en su abdomen. Hasta las náuseas estaban ya bajo control.

La vida le sonreía.

Capítulo 12

SU esposa no descansaba lo suficiente y eso lo estaba volviendo el loco. Todo el mundo era consciente, menos ella. Él era, en parte, responsable de su cansancio. Todas las mañanas amanecían abrazos y no podían resistirse a tener sexo.

Esa mañana, después de cuadrar sus agendas para el siguiente mes en el despacho de Agnesse, Seb tuvo una idea.

—¿Por qué no intentamos ser más espontáneos? Sería divertido. Seguro que puedes dedicarme algo de tiempo y enseñarme la zona.

—Ya llevas aquí un mes, supongo que ya la conoces.

Él hizo una mueca.

—Todavía no he visto el famoso estanque de las carpas.

—¿Acabas de hacer un puchero? —le preguntó ella riendo.

Sí, lo había hecho, pero estaba justificado. Seb consideraba su trabajo cuidar de ella y asegurarse de que se tomaba algo de tiempo libre. Consiguió que Agnesse se levantara de su sillón y diez minutos después estaban sentados frente al estanque.

Ella suspiró.

—Se me había olvidado lo bonito que es este lugar —comentó.

Él pensó que lo más bonito allí era ella.

—Mi padre solía traerme aquí y me hablaba del cuidado de los peces, aunque en realidad se refería a nuestro pueblo. Pienso que venía aquí cuando necesitaba encontrar la solución a un problema.

—O, tal vez, sencillamente a disfrutar —sugirió Seb.

Agnesse cerró los ojos y levantó el rostro hacia el sol. Se sintió tranquila. Cuando volvió a abrirlos, Sebastien la estaba observando.

—Me has engañado, ¿verdad? —le preguntó ella.

—Quería ver el estanque. Y quería verlo contigo —le respondió él, dándole un beso—. Gracias.

—Podríamos tener más momentos como este si accedieses a ser mi consorte. Compartiríamos la carga de trabajo.

Él se apartó bruscamente.

—Ya te dije antes de casarnos que no quería ese tipo de vida. Te ayudo todo lo que puedo, pero siempre lo haré entre bastidores.

—Asistes a actos sociales y a fiestas benéficas, ¿qué diferencia hay?

—Que no llevo el peso de las expectativas que otros ponen en mí —le explicó Seb.

—Ahora perteneces a mi familia —le dijo ella en tono cariñoso—. Nadie te va a juzgar.

—Estoy cumpliendo con mi deber, Agnesse. Y siempre lo haré. Tendrás que conformarte con eso.

Oyeron pasos a sus espaldas, se trataba de Keert.

—Majestad, disculpe las molestias, pero el primer ministro está al teléfono.

—Que llame en otro momento —replicó Seb.

—No, ya voy —dijo ella.

Acababa de darse cuenta de que lo único que tenían en común era su futuro hijo. Seb no podía amarla y tampoco podía estar realmente a su lado.

Agnesse se llevó una mano al vientre y pensó que siempre tendría a su bebé.

—Gracias por este rato tan agradable —le dijo a su marido—. Has cumplido con tu deber. He descansado.

Se levantó y echó a andar antes de que él la pudiese detener.

Seb vio alejarse a su esposa, vestida con una blusa de seda azul y una falda de lino color crema. Y zapatos de tacón negros.

Le encantaban los tacones altos y a él le gustaba verla andar con ellos puestos.

La vio alejarse enfadada y dudó entre volver a por ella para terminar la discusión que habían empezado o llevársela a la cama y zanjar el tema así.

Sabía lo que Agnesse quería de él. Era lo mismo que habían querido otras antes: un compromiso emocional. Pero no se lo podía dar.

Estaba a punto de desaparecer de su vista cuando la oyó gritar y vio que se caía, y Seb sintió que todo su mundo se desmoronaba.

El calambre fue tan fuerte que Agnesse sintió que se doblaba, volvió a sentir otra punzada de intenso dolor y cayó al suelo.

—¡Agnesse! —gritó Seb, echando a correr hacia ella, que estaba con las manos y las rodillas apoyadas en el suelo y respirando con dificultad.

La siguiente hora pasó sin que se diese cuenta. Seb la llevó a palacio, gritando para que llamasen a un médico, a su madre. Pidió un coche y la metió en él mientras le decía que todo iba a ir bien.

Nada más llegar a la clínica privada la apartaron de él, aunque lo único que quería Agnesse era que la abrazase y que no la soltase jamás. Sabía lo que estaba pasando y que todo iba a cambiar.

Estaba perdiendo a su bebé.

Capítulo 13

ADIÓS a su precioso hijo y a su nueva vida.

Agnesse se quedó hecha un ovillo en la cama, con el rostro girado hacia el lado opuesto en el que estaban los médicos que le habían dado la fatídica noticia.

Lo sentían mucho, no había nada que hacer. Eran cosas que ocurrían, pero eso no significaba que no pudiese tener un embarazo sano con su marido en el futuro.

—Ves, cariño —intentó consolarla su madre—. Todo va a ir bien.

Ella sufrió por aquella pequeña vida que se había perdido y por el padre de la misma, un hombre que se escondía detrás de una máscara, que se ponía en pie cuando ella entraba en la habitación y que la observaba siempre con la mirada afligida. Y solo ponía todo su corazón en la música que su madre había tocado al piano.

—No, mamá, no es verdad.

Agnesse había empezado a pensar que podía tener una vida más o menos normal, una familia propia, pero el destino la había castigado de la manera más cruel.

Porque la pérdida de aquel embarazo implicaba mucho más.

No valía para reina, casi no podía gestionar la carga de trabajo. Y tampoco valía para ser madre. ¿Cómo podía aspirar a mantener a Seb a su lado, si solo se había casado con ella por el bebé?

Pensó que lo mejor sería ayudarlo a marcharse.

—Mamá, ¿le puedes decir a Seb que venga a verme ahora, por favor?

Le habían pedido que esperase fuera, en la sala de espera.

Después, Agnesse había querido ver a su madre, no a él, y Seb se había quedado destrozado, pensando que la historia se iba a repetir y que iba a perder a Agnesse.

Entonces, Mathilde había ido a buscarlo y la expresión de su rostro le había confirmado la peor de sus sospechas.

—Agnesse se va a poner bien, pero habéis perdido al bebé. Lo siento mucho, Sebastien.

No escuchó el resto, algo de que podrían tener un hijo sano la siguiente vez. Sintió que había fracasado. Su única tarea había sido cuidar de Agnesse y de su bebé y había fracasado.

—¿Seb? —lo llamó Mathilde—. Te estoy diciendo que quiere verte, pero que seas cariñoso. Agnesse no está bien. Ha sido una noticia terrible para ella. Para los dos.

Él asintió y fue hacia la habitación en la que estaba su esposa.

La encontró sentada en la cama, apoyada sobre varios almohadones. Su expresión era arrogante y fría, como si estuviese concediéndole una audiencia a un extraño. Él se acercó.

—No, no te acerques más —le pidió ella—. Dado que no aceptaste el título de consorte, solo había un motivo para que estuvieses aquí: que eras el padre de mi hijo. Ahora Ellamaa ya no te necesita.

Mathilde le había pedido que fuese cariñoso, pero Agnesse no lo estaba siendo con él.

—Estamos casados —replicó Seb—. Y el hecho de que hayas perdido al bebé no cambia eso.

—Lo cambia todo —argumentó ella—. Ya no tienes ningún motivo para quedarte aquí. Me dejaste claro desde el principio que esta no era la vida que querías.

Él separó los labios para contestar, pero no fue capaz de contradecirla.

Agnesse sonrió con tristeza.

—Te estoy dejando en libertad, Sebastien.

Al oír su nombre completo, él se sintió como si acabasen de clavarle un puñal en el pecho.

—Y quiero el divorcio —añadió Agnesse.

Él retrocedió. Debía decir algo, lo que fuese, para luchar por ella, pero no le salían las palabras. Solo podía recordar lo que su padre le había dicho mucho tiempo atrás, que él no estaba a su altura.

—Falta un mes para la coronación —continuó ella—. Te agradecería que me apoyases ese día. Mi pueblo merece una celebración, después de un año de luto. Después, no harás más falta aquí.

Él habría podido arrodillarse y pedirle que lo perdonase, que lo reconsiderase, pero no sabía si Agnesse lo haría. ¿Qué había hecho él para merecer su perdón?

—Muy bien —le respondió en un tono tan frío que pensó que no podía ser suyo.

—Ahora, márchate —le dijo ella.

Y Seb se inclinó ante la reina y obedeció.

Capítulo 14

SEB se marchó de Ellamaa aquella misma noche, solo.

Leo le había dicho que siempre habría lugar para él en Grimentz, pero Seb no soportaba la idea de estar con una pareja tan enamorada. Así que pasó el siguiente mes en Francia, en la finca que su padre había comprado cuando se había casado con Fabienne, donde había nacido él y donde estaba enterrada su madre.

Max lo había heredado casi todo, menos una cantidad importante de dinero y aquella finca en el valle del Loira, con su elegante castillo y su productivo viñedo, que habían sido para él. Seb lo habría cambiado todo por un padre que lo hubiese querido. No obstante, después de lo ocurrido con Agnesse, había entendido el dolor del príncipe Georg al perder a su amada...

Perder a Agnesse había sido como si le hubiesen arrancado el corazón del pecho. Su vida no tenía sentido.

Seb había vuelto. Estaría dos días en Ellamaa y después se marcharía para siempre.

Todo el mundo estaba encantado con su vuelta, incluida su madre.

Ella llevaba un mes poniendo su mejor cara, pero estaba destrozada por dentro.

Había pensado que lo más duro del día de la coronación sería estar atrapada en el carruaje con él, mientras iban y volvían de la catedral, pero se había equivocado. Lo más duro fue la celebración que tuvo lugar esa noche en el palacio de verano y el momento en el que Sebastien se despidió de ella para siempre con una reverencia y un beso en la mano.

Agnesse se retiró poco después y estaba desvistiéndose con la ayuda de Dorel cuando llegó su madre.

—Veo que sigues decidida a apartar a Sebastien de tu vida. ¿Vas a contarme el motivo? —le preguntó Mathilde.

—No ha funcionado. No todo el mundo tiene tanta suerte como papá y tú. No nos habíamos casado por amor. Él no me quiere. Y no hay más. Siento haberte decepcionado.

—No me has decepcionado, Agnesse, pero me enfada ver que mi hija esté tan ciega.

—¿No me has oído? Seb no me quiere.

—En ese caso, merece un premio por lo bien que finge estar enamorado de su esposa. Mira las fotografías que os han tomado hoy, Agnesse. Mira cualquier fotografía que os han hecho del día en que os casasteis y dime que no sientes lo mismo.

—Estás equivocada, mamá.

—Hoy te ha mandado un ramo de flores y ni siquiera has leído la tarjeta.

—¿Y si cambia de opinión, mamá? —le preguntó ella.

—¿Y si no lo hace?

—No soy lo suficientemente buena para él —añadió Agnesse en un hilo de voz.

—No sé de dónde te has sacado esa idea. Eres la reina de Ellamaa. Podrías estar con cualquier hombre —le aseguró su madre, acariciándole el pelo—. El problema es que tienes miedo. Todo el mundo tiene miedo a enamorarse. Yo quiero morir cuando me levanto cada mañana y no está tu padre, pero no cambiaría por nada del mundo el tiempo que pasamos juntos. El amor es algo maravilloso, Agnesse.

Cuando su madre se marchó, después de haberle dado un beso, ella leyó la tarjeta que Seb le había escrito:

Tu padre habría estado muy orgulloso de ti hoy.

Lo mismo que yo. Has estado magnífica.

Seb.

Ella se preguntó si su madre tendría razón y se puso a buscar fotografías de Seb y suyas. Él la miraba en todas con admiración.

Agnesse cerró los ojos que se le habían llenado de lágrimas. Seb había estado ayudándola, apoyándola y amándola desde la noche de Viena.

Dejó la tablet en la que había estado mirando las imágenes y salió corriendo de su habitación.

—No pensé que fueses tan cobarde, Sebastien.

La reina madre había entrado en su habitación sin ser anunciada mientras un criado terminaba de hacerle la maleta.

—Buenas noches, Majestad —le respondió él.

—Pensé que sabías lo testaruda que es mi hija. ¿Qué haces aquí deprimido mientras ella está con el corazón roto en la otra punta de palacio?

—Fue ella la que me pidió que me marchase —respondió él.

—No estaba bien. Además, pensó que, después de haber perdido al bebé, no podía ofrecerte nada. Tal vez deberías pensarlo mejor antes de marcharte esta noche.

La reina madre se marchó casi tan deprisa como había llegado y él se quedó sorprendido, no podía creerse que Agnesse pensase que no era lo suficientemente buena para él.

La verdad era más bien todo lo contrario.

Entonces le informaron de que el coche estaba preparado. Pensó que Mathilde estaba equivocada, que su esposa no lo quería.

Salió de la habitación, bajó las escaleras y una vez en la calle vio que un criado lo esperaba con la puerta del coche abierta.

Entró pensando que ningún otro hombre podía amarla más que él.

El coche arrancó y empezó a alejarse de palacio.

Agnesse seguía siendo su esposa y él la amaba. Su vida no tenía sentido sin ella.

—¡Deténgase! —le ordenó al conductor.

Cuando llegó a la puerta de las habitaciones que Seb había ocupado durante los dos últimos días, Agnesse solo vio su equipaje.

—¿Dónde está mi marido? —preguntó en tono desesperado.

—Lo siento, señora, pero el príncipe Sebastien ya se ha marchado. Hace solo un momento, tal vez todavía esté abajo, si se da prisa.

Agnesse se dio la media vuelta y salió corriendo.

Llegó a la calle y vio alejarse el coche negro.

—¡Seb! —gritó—. ¡No!

Entonces, el coche se detuvo y ella bajó las escaleras corriendo, aliviada al ver salir a su marido.

—¡Seb! —sollozó, mientras corría hacia él.

—Agnesse —dijo él, sin inclinarse ni utilizar su título, devorándola con la mirada.

—No te vayas todavía, necesito hablar contigo —le pidió ella, llenándose de valor—. ¿Y si te pidiese que te quedases?

—Eso dependería de las condiciones —le respondió él.

«Que me digas que me amas», pensó ella, sabiendo que no podía pedirle semejante cosa. Todavía. Antes, tenía que ser capaz de decírselo ella.

—No hay condiciones. Es muy sencillo, sé que no puedo hacer esto sin ti.

—Sí, sí que puedes. Lo has hecho siempre sin mí.

—Pero lo haría mucho mejor contigo a mi lado. Quiero que nos volvamos a casar, esta vez, de verdad —admitió, tomando aire—. Porque te amo.

Él la tomó entre sus brazos y la besó.

—Te confieso que no iba a marcharme. Iba a volver para convencerte de que me dieras otra oportunidad. Porque no puedo vivir sin ti. Te amo y lo quiero todo, incluido el título. Quiero dormirme a tu lado todas las noches y despertar cada mañana entre tus brazos.

—¿Serás mi consorte?

—Sí —le prometió Seb, sellando la promesa con un beso.

Epílogo

LA celebración del segundo aniversario de la coronación de Agnesse estaba saliendo a la perfección. Esta recorrió las calles de la capital en carruaje con su madre a un lado e Isobel al otro, y con Carl montado a caballo a la izquierda.

Solo le quedaba llegar a palacio y saludar desde el balcón. Sola. Seb le había dicho por segundo año consecutivo que no quería aparecer con ella. Al menos había accedido a formar parte de la guardia montada de honor.

Una vez en palacio, Seb se dirigió directamente hacia ella y se inclinó a darle un beso en la mejilla.

—Chérie —susurró—. ¿Necesitas tomarte un descanso?

Siempre se daba cuenta cuanto tenía ansiedad.

—Sí —admitió ella, que tenía el corazón acelerado y las manos temblorosas.

El día había ido bien, pero fuera la esperaba su pueblo y a ella todavía le preocupaba no estar a la altura de las expectativas.

Seb tomó las riendas de la situación.

—La reina necesita refrescarse antes de salir al balcón —comentó frente a los invitados que se arremolinaban a su alrededor antes de guiarla hacia una de las alcobas que había a un lado del salón.

Era el lugar designado para que los monarcas se preparasen antes del icónico momento del balcón.

Agnesse empezó a ir de un lado a otro.

—Voy a estar bien. Solo necesito respirar.

—Yo sé lo que necesitas —le dijo él, acercándose a ella con paso decidido.

—No, eso no. Aquí... no.

Retrocedió hasta chocar con un lavamanos con una pileta de porcelana adornada con un dibujo de rosas y yedra.

—Lo habrán puesto aquí por motivos decorativos, pero tiene la altura perfecta —comentó Seb, atrapándola contra el mueble—. Yo sé cuál es la manera perfecta de conseguir que te relajés.

—No podemos. No es el momento —le dijo ella casi sin aliento.

—No tardaremos nada.

Ella pensó que era una mujer superficial y obsesionada por el sexo, pero Seb estaba demasiado guapo con aquel uniforme. Lo vio arrodillarse ante ella y casi llegó al clímax en ese momento.

Él metió las manos por debajo del vestido y le bajó las braguitas hasta los tobillos. Luego, la ayudó a deshacerse de ellas. Entonces, metió la cabeza por debajo del vestido y la oyó gemir.

Agnesse se olvidó de la multitud que la esperaba en la calle y dos minutos y medio después se mordía los nudillos para contener los gemidos de placer.

Seb salió de debajo de su falda mojó un paño en el lavamanos y la limpió. Después, recogió la ropa interior de Agnesse, pero, en vez de dársela, se la metió en el bolsillo.

—No me lo puedo creer.

Seb se echó a reír.

—Así tendrás la mente en otras cosas y no solo en ese balcón —le dijo, abriendo las puertas para volver al salón, donde los esperaban la familia y varios invitados.

—Supongo que no quieres acompañarme —le dijo Agnesse.

—Supones bien.

—¿Por qué?

—Porque no quieren verme a mí, sino a ti.

—¿Estás seguro?

En ese momento llegó Isobel con un bebé en brazos.

—Aquí está la niña buena de papá —comentó Seb, tomando a la niña de ojos verdes, iguales que los suyos, en brazos.

Su Alteza Real, la princesa heredera Fabienne-Mathilde, de tres meses y futura reina de Ellamaa, se echó a reír y volvió a robarle el corazón.

Leo y Violetta, sus padrinos, se acercaron también con su hija de veintidós meses.

—A ver qué pasa dentro de diecisiete años con estas dos y los hombres más guapos de Europa —comentó Isobel.

—Qué mala eres —le dijo Violetta—. Vas a asustar a sus papás. Aunque yo estoy segura de que serán dos niñas muy sensatas y escucharán a sus padres.

—Lo dudo mucho —le respondió Isobel.

—Decidido —le dijo Leo a su hija—. Estás castigada sin salir hasta que tengas treinta años.

—Y yo no dejaré que se te acerque ningún hombre —le dijo Seb a la suya.

—Seguro, ya veréis —añadió Isobel.

En el exterior, la multitud había empezado a pedir que se asomase Seb.

Mathilde se acercó a él y tomó a la niña en brazos.

—Tus métodos suelen ser poco convencionales —le dijo a su yerno—, pero has sido muy bueno para mi hija y para Ellamaa. Y el pueblo te lo quiere agradecer. Deberías salir.

Él se quedó inmóvil, no se lo podía creer.

Violetta lo animó con una sonrisa y Leo le dio una palmada en el hombro.

—Ve —le dijo su primo.

Y él lo escuchó.

La gente estaba gritando su nombre, lo estaban aclamando.

Y Agnesse le sonrió de oreja a oreja al verlo aparecer.

—Respira, cariño —le aconsejó.

Y él respiró.

—¡Que la bese! ¡Que la bese! —coreó la multitud.

—Te amo —le dijo Seb a su esposa—. Mi querida reina, y soy tuyo para siempre.

Ella lo agarró de la solapa y lo acercó todavía más.

—En ese caso, haz que dejen de gritar y bésame.

Y Seb sonrió y la besó mientras la muchedumbre se volvía loca de alegría.